



DE SILIBROS
BASA

TERROR

Mortimer
Cody

EL "SHOW"
DE LAS SANGRE JUELAS



TRIETO
MURANA



TERROR



EDITORIAL ANDINA, S. A.

© **MORTIMER CODY**

Derechos reservados por:

EDITORIAL ANDINA, S. A.

Polígono Industrial de Pinto. PINTO (MADRID)

Director responsable:

Printed in Spain

Gregorio Ovejero.

LITOPRINT. S A

I. S. B. N. 84-06-03090-9

Villafranca del Bierzo, 32

Depósito legal: M. 27.055 - 1981

Fuenlabrada (Madrid)

EL «SHOW» DE LAS SANGUIJUELAS

Mortimer Cody

TERROR

Todas las situaciones, personales y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

AQUELLA era la tercera vez; la decisiva, la definitiva. El hombre, detenido ante aquella entradilla misteriosa, en el barrio viejo de Sacramento, acompasaba la respiración; era pequeño, delgado, cabello casi enteramente blanco. Un hombre elegante, eso sí. Caminaba y se movía de un modo muy lento; tal vez algo no funcionaba bien en su envejecido organismo.

Lo ponía un cartel: «Kádar le espera. Con Kádar, usted irá al Pasado, al Presente y al Futuro».

No podía decirse que el señor McLeod fuese un iluso, o un alucinado ni un estúpido. No obstante, es consabida la dificultad de hallar el equilibrio perfecto en el ser humano. Y el señor McLeod estaba obsesionado por sus cosas, sus pensamientos, sus ideas..., sus espíritus.

Aquella era la tercera vez que visitaba a Kádar. Y era decisiva, porque Kádar ya había trabado contacto con los espíritus solicitados por el señor McLeod, y éste cómodamente sentado, vivo sobre la faz de la Tierra, iba a descifrar los grandes enigmas de nuevo cuño aparecidos en su senil cerebro.

Entró, naturalmente. Había un pequeño recibidor, y Kádar, casi de inmediato, hizo su aparición; el señor McLeod estaba convencido de que Kádar había aparecido tan sólo por aquella llamada telepática; porque Kádar sabía cuándo y quién llamaba a su puerta y entraba en su morada.

— Le aguardaba, señor McLeod —sonó la voz de Kádar, como si llegase del reino de los espíritus—. Pase por aquí.

El señor McLeod se humedeció los labios. Trató de darse prisa, y jadeaba; se sintió fatigado.

Fue introducido en un cuarto casi a oscuras. En un ángulo, había un cómodo sillón, y no era visible nada más; absolutamente nada más. Kádar invitó al señor McLeod a sentarse, y dijo:

— Tengo que hacerle algunas recomendaciones, señor McLeod. Son muy necesarias para que sus entrevistas de hoy se desarrollen de un modo normal. ¿Lo comprende?

— Sí, sí... —fue la impaciente respuesta de McLeod—. ¿Cuándo empezamos?

— En primer lugar, relájese. Y atienda: usted no debe pronunciar

una sola palabra, hasta el momento de ser interpelado. No debe moverse, ni abandonar el asiento... ni mucho menos intentar palpar lo que vea. Permanezca quieto, observe, y cuando se dirijan a usted, trabase la conversación que le interese.

La oscuridad se hizo completa, de súbito.

McLeod, un poco impresionado, aferró los brazos del sillón con las manos; no sabía dónde mirar, y sus ojos vagaban por las tinieblas de la estancia, sin rumbo, sin dirección sin poder penetrar...

Por fin, luz.

Una luz roja; un punto rojo, en un rincón de la estancia. Una luz diminuta que en cuestión de segundos, se iba agigantando. Un punto rojo que crecía en tamaño, en intensidad. Un simple punto que pronto adquirió el tamaño de una rueda de auto. Y apareció otro, y otro; otro más... En varios rincones; creciendo y creciendo... Hasta que empezaron a oscilar todos a la vez, con unos silbidos extraños; oscilaciones de luz que aumentaban el tamaño del punto y lo reducían, alternativa y rapidísimamente.

Los destellos rojos parecían prenderse en los ojos del señor McLeod, que seguía aferrado a los brazos del sillón, un tanto convulso.

Aquellos silbidos, aquellas luces, le mareaban...

De pronto, cesó todo; se apagaron las luces, y cesaron los silbidos.

El señor McLeod notó la humedad del sudor en el cuello; se removió en el cómodo sillón.

Sus ojos quedaron entonces muy fijos en aquel rincón. ¡Sí, aparecían ya...! ¡Allí estaban los espíritus...! Pero no podía verles el rostro... Además, aquellas figuras no aparecían completas. La materia fluida, aquel plasma que las constituía de un tono verde claro, fosforescente, permitía a veces ver medio cuerpo, o una indefinible cabeza, o sólo miembros...

McLeod tuvo la impresión de que aquel rapidísimo desfile de espíritus brotaba de una pantalla de Rayos X; como una película de los años 20.

Volvieron las luces rojas, los puntos que se agigantaban, sin que dejaran de verse los espíritus, con su plasma a medio funcionar; siluetas fosforescentes; medios cuerpos, cabezas, manos...

El señor McLeod se sintió envarado. ¡El pitido...! Aquellos silbidos, pero muy agudos, exacerbados... ¡Y no cesaban de desfilar espíritus, medios espíritus...! Y aquel pitido, como... como una sirena de alarma...

Algo debía estar ocurriendo... Y el señor McLeod, desobedeciendo la primera recomendación de Kádar, se puso en pie.

Pitidos, luces, espíritus...

Y aquella voz súbita, estridente, monótona, machacona;

— ¡Fuga de espíritus, fuga de espíritus...! ¡Atención, atención!

¡Fuga de espíritus...!

Se amplió el volumen de los silbidos de alarma; los espíritus parecían brotar con mucha rapidez, aquella voz estridente de alarma...

Se sintió impotente para desgranar aquel grito que se había agolpado en su garganta.

Notó que se ahogaba; los espíritus parecían abalanzarse sobre él; grotescos, mutilados, fosforescentes... Y puesto que no podía gritar, y con un resto de lucidez en su cerebro, súbitamente preso por una espesa red de terror, el señor McLeod quiso huir.

Huir de aquella locura, huir lejos de los espíritus, que debían haberse fugado, y seguían haciéndolo, por una grieta del tiempo...

McLeod, no obstante, no era fluido. Era un sólido. Un sólido tembloroso humedecido por el sudor, pero sólido al fin. Y se estrelló contra la pared; golpeó en las paredes con los puños, ya de rodillas en el suelo.

Algo estallaba dentro de él... ¿Dónde estaba el aire?

Tenía los ojos desorbitados, amoratado el rostro, las manos en el cuello...

Cuando entró Kádar, que había oído golpes, vio, entre otras cosas, el cadáver del señor McLeod, allí, cerca de la puerta, con los ojos como globos, y espuma en la boca.

* * *

El silencio, en la sala, era absoluto. Había auténtica expectación; la sala estaba llena de gente. El jurado aparecía, tras sus deliberaciones, y el portavoz, en pie, estaba dispuesto para leer la conclusión a que había llegado el jurado en cuanto lo pidiese el juez.

Se sucedieron las fórmulas, y el portavoz, tras carraspear, empezó:

— Ha sido una deliberación larga y difícil. Hemos tenido muy en cuenta todos los factores que nos han presentado durante la vista: tanto los del señor fiscal, como los del abogado defensor del acusado. Este, bajo el nombre de Kádar, es considerado por nosotros, y Dios quiera que no nos equivoquemos, culpable de homicidio por imprudencia temeraria, en la persona del señor McLeod.

Durante cinco segundos, aún prosiguió el silencio en la sala.

De pronto, Kádar se puso en pie.

— ¡Siéntese! —Cortó el juez—. Y escuche la sentencia.

— ¡No pueden condenarme...! —gritó Kádar, de un modo grotesco, vil, sudoroso, desprovisto de su máscara misteriosa—. ¡Soy inocente!

— ¡Silencio!

Kádar se debatía entre los policías.

— ¡Se han creído una sarta de mentiras...! ¡Todo perjurio, todo! ¡Y ustedes deberían saberlo!

— ¡Silencio, silencio...!

El alboroto empezaba a adquirir grandes proporciones.

El reo miraba hacia determinado lugar de la sala; con ojos saltones, enrojecido el rostro por la ira, temblorosa y desencajada la boca. Sí... veía sonrisas... O tal vez era cosa de su imaginación, pero veía sonrisas en aquellos rostros... Bellos rostros de mujer... o de demonios... Sonrisas irónicas, hirientes...

— ¡Son unas perjuradas...! ¡Miren cómo se ríen de mí! ¡Son unas perjuradas...! —chillaba con toda la fuerza de sus pulmones.

El juez gritaba por otro lado.

Los alguaciles empezaban a obligar a la gente a desalojar.

El reo era arrastrado por los policías, hacia la salida, aunque se resistía y enronquecía chillando, sin dejar de ver aquellos rostros, que crecían, se agigantaban ante él, con aquella sonrisa...

— ¡Las acuso de perjurio...! ¡Son perjuradas...! ¡No pueden condenarme...! ¡Es perjurio...! ¡Es...!

Ya había salido de la sala. Mucha gente también. No se restableció el orden, era obvio.

Dos mujeres se ponían en pie. Silenciosas, graves. Caminaban hacia la salida. No miraban a nadie, ni hacían caso de las miradas que percibían; nadie veía sus sonrisas, pero... podían estar por dentro.

Capítulo

1

VISTA desde el exterior, aquella mansión parecía un lugar ideal para el reposo, para llevar una vida en paz, sosegada. No era muy grande, pero la rodeaba un bonito jardín con árboles y plantas. Había también una piscina, cuyas aguas, en la superficie, eran apenas visibles, a causa de la capa de hojas de árboles. El garaje estaba separado de la mansión, y había otro edificio, mucho más modesto, que podía ser utilizado como invernadero o estudio artístico, o, simplemente, para tumbarse en él y contemplar desde la ventana el

bello Hampton Park, en Charleston norte, lindando con la zona residencial.

Por dentro, las cosas no parecían tan bellas y alegres.

Había tres personas en el salón; las tres permanecían en silencio, meditando... Apenas hacía medio minuto que el hombre había colgado el teléfono. Un tipo cuarentón pero extraordinariamente atlético, y con un rostro quizás demasiado perfecto, enmarcado por una cabellera oscura, rizada, con canas en los aladares, que contribuían a aumentar el exceso de atractivo de aquel hombre.

Junto a él, en pie, había una mujer de cuarenta y tantos años, muy esbelta aún, rubia, con los ojos verdes, y algunas arrugas en torno a ellos. Además, los achicaba, expectante, mirando al hombre.

La tercera, estaba en un sillón de ruedas, con una manta sobre las piernas, y en sus ojos claros se mezclaban la ira y la ansiedad; su boca, que fue uno de sus mayores atractivos, estaba apretada y pálida. Su cabello era algo más oscuro que el de la anterior, y lo llevaba recogido sobre la nuca, con una simple cinta.

Fue ésta, con tono agrio, quien exigió:

— De una vez, Henry; suelta lo que sea.

—¿Es tan necesario repetir las cosas? Se trata de dinero... ¡Dinero, dinero, dinero...! —se excitó Henry Carlyle.

—¿Cuánto? — inquirió la del sillón de ruedas.

— Doscientos mil. Es mucho, Rebecca —dijo Henry.

Rebecca apretó aún más la boca.

Miró a Gertrude, su hermana. Inquirió:

—¿Qué opinas, Gertrude?

— Como Henry: es mucho —fue la respuesta de Gertrude.

—¿Y qué creéis que debemos hacer? — masculló Rebecca.

Henry y Gertrude la miraron con fijeza. En la mirada de ambos se plasmó una gama de sentimientos; en principio, parecía haber una chispa de odio en sus pupilas; luego, compasión. Por último, impotencia... Fue Henry quien dijo:

— Como siempre, Rebecca, decidirás tú; no tendrás en cuenta nuestra opinión. Por tanto, nos ahorramos la molestia de expresarla. Y lo que decidamos, que sea rápido. Ofelia regresará pasado mañana; quizás mañana. Aún..., aún es celosa... —dijo, con una mueca de asco.

— Eres muy bello, hermano... —rió, secamente, Gertrude.

— No es momento de impertinencias, Gertrude —gruñó Henry.

— Callaros —exigió Rebecca—. La situación se plantea de un modo peligroso. ¿Soluciones? Una: doscientos mil dólares.

— La mejor —se apresuró a indicar Henry Carlyle.

Rebecca le miró a los ojos.

— La más cómoda, Henry — rectificó.

— La más cómoda es la mejor. ¿No querías mi opinión? Pues

acabas de conocerla — dijo Henry —. Pagar, y estar a la expectativa. Ya sé, ya sé... El chantajista es como un vampiro, un chupador de sangre... Pero esta vez nos ha pillado desprevenidos. Quizás... encontremos otro medio de salir del paso, pero más adelante. Ahora, no tenemos alternativa.

—¿Estás de acuerdo, Gertrude? — inquirió Rebecca mirando a su hermana.

Gertrude se encogió de hombros.

— Puesto que el dinero no es mío... —dijo.

—¿Ahora cinismos? —estalló, nervioso, Henry—, No es tuyo, pero como si lo fuese. Si examinamos las cosas, veremos con sorpresa que quien menos ha disfrutado del dinero he sido yo. ¡Yo! Sí, y es una sorpresa, porque no debería haber sido así, y..., quizás en lo sucesivo las iniciativas que se tomen en esta casa sean las mías...

Rebecca rió aquella vez.

— Estás ladrando, Henry. Tú, sin nosotras, no eres nadie. Pero no es eso lo que estamos discutiendo aquí. Nuestra personalidad poco importa. Nos conocemos de sobra, ¿no es así? Gertrude es una cínica; yo soy malvada y ambiciosa, y tú, querido hermano, eres cobarde, sin personalidad. Sentado esto, vayamos a la causa de nuestra preocupación. Parece que se está definiendo lo que debemos hacer: pagar.

— Sí. Por esta vez — rezongó Henry.

— Paguemos... —suspiró Gertrude.

— Hay acuerdo, entonces —dijo Rebecca—. Henry, ¿dónde, cómo, y cuándo hay que dejar el dinero?

— Mañana por la tarde, a las seis, en «The Battery», a cincuenta pasos de la estatua de Lincoln, al Norte.

—¿Irás tú a dejar el dinero? —inquirió Rebecca.

— Deberías ir tú — masculló Henry.

— Soy una inválida, Henry... —musitó Rebecca.

Henry parecía inflamado, dispuesto a soltar algo fuerte, pero intervino Gertrude, con su cínica sonrisa, pero tono conciliador:

— No perdamos la calma. Como somos, hemos de soportarnos. Evidentemente, hay muchas diferencias de carácter entre cada uno de nosotros, pero si por espacio cuarenta y tantos años hemos vivido unidos, no veo la razón por la que empiecen a surgir ahora divergencias. Yo creo, Henry, que eres el más indicado para dejar el dinero. No obstante, si te entercas, puedo ir yo.

Henry Carlyle cerró los ojos un instante. Con mano un tanto nerviosa, extrajo su hermosa pitillera, con incrustaciones de oro, y ofreció cigarrillos a sus hermanas; rechazaron ambas, y él encendió uno. Luego, empezó a asentir con movimientos de cabeza.

— Me ocuparé de todo —dijo—. Reuniré el dinero, y a la hora y

el lugar señalado, lo depositaré.

— Antes de que Ofelia regrese, Henry —recordó Rebecca.

— Sí, ya sé... Pero no hay necesidad de...

— ¡Es necesario! —se molestó Rebecca — . Ofelia es capaz de seguirte, espiarte... Es verdad que está celosa de ti. Eres tan guapo... Oh, perdona, no he querido molestarte, Henry...

— Debo reconocer que tienes razón —admitió, de mala gana, Henry—, Ofelia, con sus celos, puede echarlo todo a rodar...

—¿Puedes empezar a moverte, Henry? —inquirió Gertrude.

— Será lo mejor — miró su reloj de pulsera.

Y se fue, sin más.

Gertrude y Rebecca le seguían con la mirada, hasta que desapareció del regio salón.

Gertrude suspiró, y dijo:

— Es maravillosamente guapo... Pero yo jamás me hubiese enamorado de un hombre como Henry, Rebecca. ¿Y tú?

— Nada de eso me ha interesado nunca —casi graznó Rebecca, haciendo rodar su silla.

EN el salón, Gertrude se había puesto en pie para cerrar la televisión al término de un programa. Miró a Rebecca, y dijo:

— Henry no ha vuelto.

— Ha ido a recoger a Ofelia al aeropuerto. Tardará aún un poco —fue la respuesta de Rebecca.

— Ya... Supongamos que todo ha ido bien.

— Hemos cumplido nuestra parte, Gertrude, no hay que preocuparse, por ahora. Más adelante... Lo sabemos todos, habrá nuevas peticiones de dinero. Por tanto, pienso dedicarme a pensar algo para deshacernos de esa amenaza. Te sugiero que hagas lo mismo, Gertrude. Últimamente, nos hemos apoltronado, nos hemos abandonado a la vida muelle. No realizamos la menor actividad...

— Hicimos lo suficiente cuando debíamos hacerlo, Rebecca. Muchas veces nos hemos jugado los huesos..., tú eres la prueba, y perdona que te lo recuerde. A mí me sienta perfectamente el ocio, el descanso... No pienso cambiar —dijo Gertrude.

— Cuidado con lo que haces y dices delante de Ofelia.

— Sobra la recomendación. Hasta luego.

Gertrude echó a andar hacia la salida del salón. Cruzó el vestíbulo, y subió a su cuarto, en el piso. Una habitación amplia, abarrotada de comodidades. Gertrude se había prometido a sí misma obtener todo el fruto posible a su situación, y todo el jugo a la vida.

Se desnudó, para cambiarse de ropa. No se entretuvo demasiado ante el espejo; se había mirado ya muchas veces, con ropas interiores, y apreciaba en sí misma un bajón en su belleza, en la tersura de piel, en su expresión; en todo. Era casi vieja... De sus sueños, había que descartar para siempre el «encuentro», ese encuentro con un hombre que hace que la mujer espere siempre, paciente...

Se puso un traje pantalón, azul oscuro, con una blusa. Tomó el bolso, comprobó que llevaba las llaves del auto, y fue hacia el garaje.

Le gustaba aquella mansión, aquellos árboles, aquel jardín. Desde su ventana, veía los ríos a los lados de la ciudad, las islas, el puerto,

el mar... Era su juguete aquella ventana de cara a la ciudad. Veía rodar los luminosos, cambiar los colores...

Corrió la puerta del garaje, y se metió en el interior, encendiendo la luz. El descapotable estaba al fondo; un auto de carrocería color crema, con enormes ruedas deportivas, brillante...

Haciendo tintinear las llaves, Gertrude fue hacia el auto.

De pronto, se cerró la puerta, y se apagó la luz.

Gertrude quedó quieta en el garaje, en el punto en que se hallaba, casi en el centro.

—¿Henry...? —musitó, con un soplo de voz.

Seguía muy quieta; no quería asustarse. Podía ser tan sólo un corte en el fluido eléctrico.

— ¡Henry! — llamó de nuevo.

Podía ser una broma pesada de Henry... Pero no, claro que no. Henry no era bromista. Además, de llegar, lo habría hecho con Ofelia...

De súbito, vio aquel punto rojo.

Apareció frente a ella.

Un punto rojo que empezó a dilatarse, a crecer, a oscilar, emitiendo un silbido intermitente. Y otro punto, y otro... Empezaban a brotar aquellos puntos que crecían y se reducían; con aquellos agudos silbidos intermitentes. Rodeando a Gertrude, incluso en su cabeza, a sus pies...

El miedo agarró a Gertrude.

Sus pupilas, dilatadas, acusaban los reflejos rojizos; su cuerpo empezó a experimentar sacudidas, mientras retrocedía, quedando pegada a la pared.

Quería gritar, necesitaba gritar... Pero algo había en su garganta; como si un gigante hubiese introducido en ella su enorme puño... Un nudo terrible; y el rojo brillaba en su piel, húmeda de sudor. En su retroceso, tocó la pared con la espalda...

Iba cesando la locura roja.

Gertrude, en un ramalazo de lucidez, quiso correr hacia la puerta, traspasarla...

No obstante, otro rumor distinto, cuando apenas quedaban puntos rojos, la hizo mirar hacia el frente. Apenas veía el brillo de la carrocería de su auto... ¡Sí, el auto estaba en marcha...! Primero, había sido un rumor apagado por los silbidos... Pero el auto se movía, sí, y avanzaba hacia ella... Y ella, pegada a la pared, con la espalda húmeda apoyada en el muro, se sintió sin fuerzas al oír el rugido potente del motor deportivo de su descapotable.

El coche avanzó hacia ella, la embistió.

El morro del auto la alcanzó de lleno; y frenó allí, aplastándola; justo en el vientre, y el auto apretaba, apretaba... La potente primera

marcha parecía que arrasaría aquel obstáculo, y acabaría por derribar el muro...

Los acelerones la estrujaban...

Ya no había luces rojas, no había más que una niebla total...

No había pitidos; sólo los acelerones, y los rancos gemidos de Gertrude Carlyle, reventándose a causa de la potente presión. Y caía de lado, quería arañar la carrocería; gemía... Sus ojos, ya fuera de las órbitas, destellaban con un terror congelado.

Ya nadie gemía, ya nadie arañaba la carrocería del coche. Allí, sobre el morro del motor, había una cabeza; una mejilla apoyada en la capota. Unos ojos que habían huido; unos chorritos de sangre que manaban de una boca desmesuradamente abierta...

Cesaron también los acelerones.

La sombra detuvo el motor, puso el freno de mano, sujetando en aquella postura el cadáver, y se apeó del auto.

Luego, habituada a la penumbra, la sombra se movió con soltura. Debía tener calculado el terreno, además. Recogió unas cosas, lo metió todo en un maletín, y luego con paso lento, silencioso, se acercó al cadáver; veía sólo los contornos, y el brillo de aquella sangre que ya se deslizaba por la carrocería...

Salió, por fin, al exterior; sin ruido alguno.

Había luz en la mansión; en el salón debía estar Rebecca...

Pero no. No.

De pronto, la silueta de aquella inválida apoltronada en su silla de ruedas, se hizo visible. Estaba en la terraza principal de la casa, muy quieta, atisbando hacia el garaje, y también hacia el sendero de losa, con césped entre las juntas, que conducía a la entrada de la verja.

Allí estaba Rebecca, sí. A Rebecca se le antojaba raro no haber oído el coche de Gertrude. ¿Y qué podía estar haciendo Gertrude? Rebecca decidió pensar en otras cosas... Ella sentía más exacerbado el instinto de conservación, como era lógico, debido a su incapacidad física. Ella, en un momento determinado, no podía huir, actuar... ¡No podía! Sólo en su cerebro debía confiar.

Rodaba hacia la rampa que permitía salvar los tramos de escaleras de la gran terraza con pilares y plantas.

Descendió por la rampa, llegando al sendero que se bifurcaba para llegar al garaje, y para salir.

De súbito, algo se movió a su espalda.

Algo le tapaba la boca, la asfixiaba. Algo con sabor a grasas, a gasolina... Algún trapo del garaje; algo que la amordazaba brutalmente. Rebecca sintió una tremenda, dolorosa, palpitación.

Creyó comprender que era su final; aquella debía ser la angustia de la muerte, el último terror de quien va a morir, y ya no tiene tiempo de explicarlo... Y aquella veloz carrera hacia la muerte... No,

no... ¿Qué estaba ocurriendo...?

¿Qué?

Sólo sabía que alguien debía estar empujando la silla de ruedas; alguien que corría detrás de ella, empujando, imprimiendo una peligrosa velocidad a la silla rodante... No podía gritar, tampoco podía saltar y abandonar la silla que, empujada con fuerza por alguien que jadeaba detrás de ella, la estaba conduciendo al garaje. A gran velocidad. ¡Iba a estrellarse con la pared!

Manoteando, buscando fuerzas donde no las tenía, con los ojos saltones, dilatadas las fosas nasales. Rebecca llegó, por fin, al garaje, atravesando la entrada, pasando a la oscuridad, detenida la silla..., pero no el salvaje golpeteo de su corazón contra las costillas.

Se encendió la luz.

Rebecca, en principio, quiso girar, ver a quien fuese...

No pudo. Algo la mantenía quieta, aferrada con manos lívidas a la silla, amordazada su boca con un sucio trapo del garaje, y su mirada hieráticamente fija en aquella cabeza sobre la carrocería; en aquella boca abierta que había arrojado ya la última bocanada de sangre. En aquellos ojos cuyo blanco se vidriaba por momentos. ¡Era Gertrude, muerta...!

Rebecca, de súbito, pasó a la oscuridad mental.

Tras haber contemplado unos instantes el cadáver de Gertrude, la inválida fue fulminada por un desmayo.

* * *

El «Ford» de Henry Carlyle se dirigía lentamente hacia el garaje. Había tocado el claxon al pasar ante la terraza principal. Gertrude y Rebecca no tardarían en aparecer, recibiendoles.

Miró a Ofelia, que iba a su lado, y dijo:

— Bien... De nuevo en casa, Ofelia...

— Sí, querido... Ha sido un estúpido viaje... De veras. No puedo vivir separada de ti... ¿Qué has hecho durante mi ausencia?

— Pensar en ti —sonrió Henry, detenido el auto ante la entrada del garaje.

Ofelia le miraba a los ojos, le escrutaba, con desconfianza. Ofelia era una mujer quizás algo gruesa, pecosa, pelirroja, con gruesas gafas de miope. El amor hacia aquel hombre realmente guapo era algo que penetró en su vida con una fuerza devastadora... Una fuerza que parecía no sólo que no iba a cesar, sino que la tendencia era clara hacia el aumento.

— Pensar en mí... Si pudiera creerte, Henry... —gimió, echándose hacia él.

— Es la única verdad, Ofelia.

— No siempre lo demuestras, Henry... A veces, te noto distante de mí, muy lejos; inalcanzable... Y yo te amo tanto... Tanto, Henry... Bésame, te lo suplico...

Henry se hubiese limitado a un beso convencional, pero Ofelia le rodeó el cuello con ambos brazos; se estrechó contra él, como si quisiera ahogarle. El beso de aquella mujer era puro fuego.

Cuando se separó de él, sólo una pulgada, le jadeaba el rostro, le lanzaba el aliento.

— Henry —musitó roncamente—, saludaré a tus hermanas, y subiré a la habitación. Me bañaré, y..., te espero... Cuenta media hora a partir de este momento. Te espero...

Y volvió a besarle. Y otra vez. Ella amaba a su marido. Así de simple.

— Ofelia..., transcurrirá aquí la media hora... —dijo Henry.

— Es cierto. Entra ya.

Pasaron al garaje. Se apeó Henry, para encender la luz. Y a los dos segundos, quedaba petrificado, con el rostro color de yeso, sin color en los labios, mirando el espectáculo que ofrecía el cadáver de Gertrude, aplastado con la cabeza sobre el morro del descapotable. Y allí estaba Rebecca, con la cabeza doblada, tirada en su silla de ruedas.

Con una leve reacción, Henry miró a Ofelia. Esta, con ojos que parecían haberse agrandado tras los gruesos cristales de sus gafas, con las pecas resaltando horriblemente en su piel que adquiriría un tono ceniciento, se tapaba la boca con ambas manos.

Henry, inmóvil, sin comprender, seguía mirando a Ofelia, la cual torpe, atropelladamente, saltó del auto; su cuerpo gordezuelo, no carente de atractivos, sin embargo, empezó a sufrir espasmos.

Y gritó.

Gritó, de pronto. Un grito agudo, estridente.

Y volvió a gritar, llevándose las manos a las sienes.

Henry, sudoroso, demudado el rostro, descompuesto, irreconocible casi, se abalanzó hacia ella.

— No grites más... ¡Basta Ofelia, basta! —masculló.

La había agarrado por el cuello.

Ella, loca de terror, trataba de desprenderse, y ello hacía que Henry, para evitarlo, apretase más... Hasta que la lucidez se impuso; la soltó. Los dos respiraron agitadamente.

Hasta que se oyó un gemido ahogado. Rebecca se movía, se agitaba. Henry reaccionó entonces. Corrió hacia Rebecca. Ofelia, un poco más serena, se situó a su lado, aunque temblando aún. Henry quitó aquella sucia mordaza a Rebecca, y trató de reanimarla rápidamente, con manos temblorosas, aún desfigurado el rostro por el horror, con el cerebro lanzado a una veloz carrera hacia el reino del

disparate, de la locura...

— Rebecca... ¡Rebecca!

— Henry... hay... hay que llamar a la policía... Hay que... — gemía Ofelia.

— ¡No! —casi gritó Henry.

— Pero..., Gertrude... Gertrude está... está muerta... aplastada ahí, y...

— Ofelia, si de veras me amas, no pienses en la policía ahora. Ni en nada. Espera a que nos serenemos, ¿comprendes?

— Tú me lo pides...

— Eso es. Trataremos de reanimar a Rebecca.

La consciencia volvía lentamente a Rebecca. Se le ponían los ojos en blanco, amenazaba nuevos desmayos. Fue Ofelia quien, recurriendo a su perfume, el frasquito que llevaba en el bolso, colaboró con mayor eficacia a la recuperación de la inválida.

— Rebecca... ¿qué ha ocurrido? Vamos, reacciona... ¿Qué ha pasado aquí? — murmuraba, agitado, con voz temblorosa, Henry.

Rebecca, con la boca muy abierta, meneaba la cabeza. En ningún momento quería mirar hacia donde estaba Gertrude, reventada.

— Está bien, te llevaré a la casa. Tienes que explicar lo ocurrido. Reacciona...

Rebecca miraba a Ofelia. Luego a Henry.

— No temas —dijo Henry—, Ofelia hará lo que yo le diga... Vamos.

* * *

En el salón, Henry, que seguía muy pálido, decía:

— Yo me encargaré de todo... Iré al garaje, y... retiraré el cadáver de Gertrude. No sé si será posible simular un accidente..., porque quizás interviniera la policía... Empiezo a pensar que lo mejor es enterrar a Gertrude, y simular que ha salido de viaje... Como sea, lo primero que haré será sacar de ahí a Gertrude.

Rebecca dirigió su mirada, aún húmeda, con aleteos de terror, hacia Ofelia. Y ésta musitó:

— Henry, no entiendo nada... ¡Ha sido un crimen! U... un... un horroroso crimen... Y pudieron matar también a Rebecca... Debió ser un ladrón... Alguien que entraría a robar, y...

— Es posible, Ofelia, pero te ruego que permanezcas en silencio —cortó Henry—, Deberías ir a buscar las sales para Rebecca...

Ofelia miró, dolida a Henry.

Inclinó la cabeza.

— Sé, me doy cuenta, de que se me oculta algo... No confíasen mí, Henry...

- No es eso, de veras...
- Está bien, quiero que sepas que estoy a tu lado...
- Lo sé, querida. ¿Vas a buscar las sales?
- Sí...

La miope pelirroja abandonó el salón, y Henry miró a Rebecca a los ojos. Esta los cerró; musitó:

— Creí que iba a estrellarme... Corría, corría... Y luego, a Gertrude... ¿Por qué, Henry? No tiene explicación, a menos que... Sí, sólo se explica si tú no has depositado el dinero, como quedó convenido.

— ¡Lo he dejado, Rebecca! ¡Y he cumplido!

— No grites. Ofelia puede oírnos... Ofelia, me temo va a ser un obstáculo más, Henry...

— No te preocupes por ella —cortó, seco, Henry—. De momento, conviene llegar a alguna conclusión sobre lo ocurrido aquí esta noche... Es horrible, Rebecca... Pobre Gertrude...

En aquel instante, sonaba el teléfono.

Henry respingó.

Rebecca ahogó un grito, con dificultad.

Se miraban. El teléfono seguía sonando.

—Vamos, tómallo... ¡Tómallo! —ordenó, casi histérica, Rebecca.

Henry, muy pálido, fue hacia el aparato.

—¿Sí? —musitó.

— Ni bromeo, ni puedo perder el tiempo. Un nuevo engaño sería el final de la rama podrida de los Carlyle. Ya ha muerto una perjura, y le seguiría la otra. Y también habría un final para un cerdo.

— Dejé el dinero...

— Con esa burda mentira no consigue mejorar las cosas, Carlyle. Mañana lo espero, en el mismo lugar y a la misma hora.

Y se cortó la comunicación.

Henry, con un sudor frío que parecía brotar de su nuca, colgó a su vez, mirando a Rebecca.

— No lo entiendo... ¡Lo dejé allí, Rebecca!

— Tal vez lo olvidaste, Henry...

— No, no, no... ¡Lo dejé allí...! Y calla, viene Ofelia.

Capítulo 3

LO cierto era que el circo «Olympia», instalado en los jardines de «The Battery», al sur de la ciudad, en la desembocadura de Cooper River y Ashely River, no estaba más animado que de costumbre, en cuanto a público.

Estaban todas las luces encendidas, sonaba la música; música de parada, muy alegre... Todo el recinto invitaba a presenciar el espectáculo, desde dentro. No obstante, el frío, el viento cortante de aquella noche, retraía al público.

Bellas chicas ofreciendo globos y sonrisas, movimiento de gente, empleados y artistas; rugidos de fieras... El espectáculo se había iniciado ya con los números más flojos. Se preparaban los demás; domadores, caballistas, payasos, el maestro de los monos, con su media docena de simpáticos discípulos...

La muda Annabella se movía por todo el contorno, evidenciando desconcierto, en tanto buscaba a Marius, su compañero de número.

Había mirado en los carros, había buscado por los rincones en que a veces solía pasar el tiempo Marius, el enano de la grotesca y enorme cabeza y ridículas piernas... Pero Marius no aparecía, y su número empezaría muy pronto...

Annabella, la contorsionista ya ataviada con su traje de actuación, un maillot plateado y leotardos del mismo color, se refugiaba en una capa oscura, buscando a Marius.

Tal vez había mirado mal en el carro del enano, y éste se había dormido...

Regresó. Subió los tres peldaños de madera que conducían al interior del carro, y encendió la luz, mirando con más atención. Allí sólo había equipo. Equipo en general. A Marius le bastaba un pequeño rincón, un catre hecho a mano... Pero no estaba allí. Y sonaba la música, algunos aplausos más bien tibios...

Piafaban los caballos ya en dirección a la pista.

Annabella iba a volverse, y oyó tras de ella un jadeo.

Marius estaba al pie de las escaleras; la miraba con rara fijeza.

Por su parte, Annabella, tras un respingo de sorpresa, parecía interrogarle con la mirada.

—¿Me buscabas, Annabella? —inquirió Marius, procurando que no notase su agitación.

Ella asintió con la cabeza.

Miró luego hacia el gran toldo del circo.

— Ya sé, nos toca a nosotros... —murmuró Marius—, No me encontraba muy bien esta noche, ¿sabes?

Annabella pareció asustarse, se acercó a él.

Marius meneó su gran cabezota, y mostró su sonrisa circense.

— No, no... No te preocupes —dijo—. No es nada Estoy bien. ¿Vamos?

La jovencísima Annabella descendió los tres peldaños, y tendió su mano, como siempre, a Marius. Este, aquella noche, decididamente, estaba un poco raro. Era la primera vez que apretaba los pequeños pero finos y fuertes dedos de Annabella. Esta lo notó, y, sin dejar de caminar con el grotesco Marius casi saltando a su lado, para amoldarse al paso de ella, le miraba, interrogándole nuevamente.

Pasaban por detrás del vagón de Marius en aquellos momentos, y Marius hizo presión en la mano de Annabella. Esta intuía que algo anormal estaba ocurriendo, y se detuvo. Parecía un poco asustada, tímida, mirando a Marius. Este, que le llegaba al vientre, alzaba la cabeza, y sonó su voz:

— Dime, Annabella, ¿tú me quieres?

Annabella respingó; quiso retirar su mano de la de Marius. Este se resistió, y se apresuró a aclarar:

— Espera, pequeña, quizás no me he expresado bien. Sé que soy un enano, un monstruo, vaya; no te pregunto si me amas, no es eso... Nunca te hablaría así. Lo que quiero decir es si de verdad sientes afecto hacia mí. No sé... como a algo tuyo... ¿Me entiendes ahora?

Annabella asentía con la cabeza, repetidamente. Entonces, quería decir que le entendía y que le tenía un gran afecto.

Luego, miró con cierto temor, hacia la gran lona.

— Aún hay tiempo —dijo Marius—. Y me alegra mucho saber que es verdad que me quieres... Muchas veces, pequeña, creo que sólo me tienes lástima. Pienso que te sientes inferior, y que te unes a mí para, entre las dos medias personas, constituir una, con cierto viso humano...

Annabella negaba enérgicamente con movimientos de cabeza. Era entonces ella misma quien, para demostrar la verdad de su afecto, apretaba la mano del enano; además tiraba de él hacia la entrada de artistas. Tocaba el turno a los payasos, a juzgar por la música, y luego Marius y Annabella.

— Está bien, vamos a trabajar —dijo Marius—, Pero voy a pedirte

algo; debes confiar en mí. ¿De acuerdo?

Ella le miraba, intrigada, pero Marius no volvió a despegar los labios.

Estaban llegando a la entrada, cuando apareció aquel hombre, muy delgado, vestido con pantalón oscuro y cazadora, que parecía bastante furioso. Al ver a la pareja, estalló:

— ¡Vamos ya, gandules, Flammarion se está volviendo loco buscándoos...! Es el propietario, no lo olvidéis.

— Tómalo con calma, Hendricks. Los grandes artistas necesitan concentrarse —dijo Marius, hinchando el grotesco pecho.

— Condenado enano... Te voy a...

Annabella se interpuso. Marius, con un gritito, se ocultó detrás de la muchacha.

Hendricks miró a Annabella, con ira. Estaba muy ceñudo el tal Hendricks. No obstante, la serena y profunda mirada de la muchacha le detuvo.

— Hala, a trabajar —masculló—. Hoy todo el mundo está dando el «do» de pecho. A ver qué hacéis vosotros...

—Todos trabajamos, menos tú, Hendricks —acusó Marius, asomando la cabezota—. Tienes a las fieras furiosas... Y eso que sólo tienes que darles de comer. Me gustaría saber qué has estado haciendo toda la tarde.

Hendricks apretó los labios.

— Eres más largo de lengua que de estatura —masculló—. Quizás convendría cortártela, como a Annabella. Ella nunca molesta a nadie. Ventajas de que sea muda.

Marius, furioso, apareció para enfrentarse a Hendricks. Le llegaba a las ingles, apenas.

— No te metas con la pequeña — masculló.

Hendricks parecía dispuesto a pegar a Marius, pero el tipo, tras mirar a Annabella, y de nuevo al enano, se volvió y les dejó, alargando el paso, en dirección a los vagones. Marius le siguió unos instantes con la mirada. Luego dulcificó su expresión al mirar a Annabella, y dijo:

— Ese Hendricks es un mal bicho. No le hagas caso. Vamos. Allá iban.

La música, los payasos, las risas...

Entraba el gran Marius.

— ¡Hop, hop, hop...

A solas con su hermana en el salón, Henry Carlyle apretaba los puños. Estaba demudado, tembloroso de rabia.

— No he podido, Rebecca... ¡No he podido! —masculló—. Probablemente, vuestra idea de que me casara con la fortuna de Ofelia fue maravillosa, pero, personalmente, hace años que me estoy arrepintiendo... No he conseguido quitármela de encima... No he podido reunir el dinero, sin que ella se enterase... e imagínate sus preguntas, su Insistencia, su machaconería ...

— Pero hay que hacer algo, Henry...

— ¡Ya lo sé! ¿Qué sugieres, Rebecca? Ahora es cuando necesito de tus ideas; ahora, sí... No soy más que un pobre diablo, pura fachada; estoy hueco por dentro... ¿De qué demonios se enamoraría esa idiota? ¿De qué? Si no me hubiese conocido, todo nos iría de otro modo...

— Seríamos ya viejos saltimbanquis, Henry... Hemos vivido magníficamente unos años, y podemos seguir haciéndolo. Arrepentirse del pasado es señal de fracaso... Pero no discutamos ahora sobre nosotros. Ofelia, en estos momentos, descansa. ¿No podrías...?

— ¡Son las cinco y media! Dentro de una hora yo debo estar en «The Battery» con el dinero... Por supuesto, ese maldito miente. ¡Miente! Recogió los doscientos mil dólares que llevé ayer. Pero hoy no puedo; no existe la menor posibilidad... ¿Cómo voy a poder reunir otros doscientos mil dólares en un cuarto de hora? Ese hombre miente... Ocurre sólo que se burla de nosotros, que quiere más dinero...

— Quizás, Henry. Pero si te quedas aquí...

— Lo he pensado. Y no hablará; estoy seguro de que no hablará, Rebecca. Los chantajistas no sueltan la presa así como así. Nada de eso. Sin embargo..., creo que procede... ir a «The Battery». Puedo verle, hablar con él, arreglar el asunto...

— No se dejará ver...

— ¡Pues no se me ocurre otra cosa!

— No pierdas la serenidad, Henry.

— Es muy fácil aconsejarlo. Tú estás muy cómoda, ahí...

Rebecca palideció, apretó los labios.

—¿De veras lo crees? — inquirió, con tono seco.

— Quiero decir que ahora los demás han de actuar por ti, Rebecca. Yo... yo no había atravesado jamás una situación como ésta. ¡No debió plantearse en mi vida! Yo he nacido para ser un hombre vulgar... Siempre me aterrorizó la aventura, lo desconocido... Si yo era un buen acróbata debí seguir siéndolo; sólo eso. Ahora...

— Puede arreglarse, Henry.

—¿Y lo de Gertrude?

— Bien...

—Vamos, ¿qué se te ocurre, Rebecca? Lo dijo bien claro: seguiríamos los demás. ¿No has pensado en ello? —Cerró los ojos, viendo, sin querer, a Gertrude salvajemente aplastada entre el auto y la pared—. Yo no puedo pensar en otra cosa... Tengo miedo, ¿lo oyes? La única solución para nosotros es la de pagar. Para ello, tengo que impedir que Ofelia me siga, me vigile constantemente, y no se me ocurre cómo. Está mostrándose suspicaz, recelosa. En todo momento me pregunta por qué no llamo a la policía...

Rebecca parecía meditar. Sus pensamientos no debían ser en absoluto agradables, puesto que se estremeció visiblemente.

Luego, su mirada destellaba de un modo extraño, cuando la posó en los ojos de Henry.

— Henry... —susurró—, ¿te atreverías a... hacer una cosa?

—¿Qué cosa?

— Vas a ver a ese hombre, ¿no?

— Si puedo; no es seguro.

— Si... le vieras, ¿te atreverías a... a...?

— ¡Dilo!

— Ya lo has adivinado.

Henry tragó saliva.

—¿Quieres que cometa un crimen? — musitó, roncamente.

— Sólo te pregunto si...

— La respuesta es ¡no! —se excitó de nuevo el bello Henry Carlyle—. Imposible... No reúno valor para eso... Lo mío es la fuerza y la agilidad, el temple de mis músculos. Lo mío era hacer torres humanas con Gertrude y contigo... Eso era lo único que sabía hacer... Lo dejé, y no soy yo... Han sido unos años terribles, con esa mujer siempre pegada a mí...

— Está bien, Henry. Ve a «The Battery». Si ves a ese hombre, trata de hablar con él, de convencerlo. Explícale que le llevaste el dinero... Pero él de sobra lo sabe, claro está... Dile que Ofelia es un obstáculo para la consecución de ese dinero.

Henry pestañeó.

— E... es... es capaz de matar a Ofelia, si le digo eso... — musitó asustado.

Rebecca le miró con fijeza. Aquellos ojos claros parecían contener dentro una viva hoguera.

—¿Lo lamentarías mucho? —inquirió, con un soplo de voz, que penetró, como una corriente fría, en el cuerpo de Henry.

— ¿Qué estás sugiriendo...?

—Nada. No sugiero nada... Pero, ¿acaso no es cierto que el obstáculo para que vivamos tranquilos es Ofelia?

— Bien... —se humedeció los labios.

— Dile, pues, la verdad a ese hombre. Sería una gran jugada, una magnífica jugada...

Henry se estremeció; pareció reaccionar.

— Estás loca, Rebecca — masculló—. No haré nada de eso. Me marchó. Empiezo a tener el tiempo muy justo.

— Espera, Henry. Hay cosas que si se meditan bien...

— ¡ No quiero seguir oyéndote!

Se volvió, y caminó con rapidez hacia la salida del salón. Ya en el vestíbulo procuró no hacer ruido. Ofelia quizás dormía; sin duda, dormía, descansaba, vencida por la fatiga, por las emociones últimas; de no dormir, estaría acosándole, preguntándole...

Se sintió un poco mejor cuando estuvo en el exterior, camino del garaje. Una vez allí, tomó su auto, y rodó con marcha silenciosa, hasta abandonar el recinto de la mansión. Luego, hacia el Sur, por King Road, en dirección al parque de «The Battery», enclavado en la punta Sur de la ciudad.

Llegó a «The Battery» un poco más tarde de las seis. Oscurecía ya francamente, y Henry Carlyle, tras dejar su auto en un lugar discreto del parque, se encaminó hacia la estatua de Lincoln. Había encendido un cigarrillo, para calmarse, pero lo arrojó apenas mediado, ya a la vista de la estatua de Lincoln.

Indeciso, pensó que lo mejor para ser visto era pasear por aquel contorno, lentamente.

El chantajista estaría vigilándole, sin duda alguna.

Y así, Carlyle, viendo cómo la oscuridad más completa se cernía sobre él, realizaba cortos paseos en solitario, aterido de frío, y con los nervios en tensión. Incluso se había acercado al lugar donde debía depositar el dinero; a cincuenta pasos...

Allí no había nadie; no se acercaba nadie...

Eran más de las siete, cuando decidió poner fin a aquello. Era inútil, por lo visto, esperar. Rebecca había tenido razón, el chantajista no se dejaba ver.

Aunque indeciso, Henry Carlyle empezó a alejarse, mirando continuamente hacia atrás y los lados. No obstante, no se produjo el

encuentro.

Llegó junto a su auto.

Oyó el resuello, la voz contenida, aquellas palabras masculladas con auténtica ira:

— ¡Lo advertí...! No sólo no traen el dinero, sino que tratan de matarme...! ¡No bromeo...!

La cuchillada en la espalda de Henry Carlyle fue tremenda; el cuchillo se empotró casi hasta la cruz en el centro de la espalda de Carlyle quien, arqueado, con el dolor y el miedo en los ojos, boqueaba, trataba de volverse, de adelantar las manos.

— No... no...

Quería protestar, hablar aún, contener a aquel asesino...

Vio un rostro delgado, con barba de tres días; vio unos ojos de fiera, relucientes; un fulgor rojo, de locura.

Luego, sintió un golpe en el estómago. El cuchillo, una y otra vez, caía contra Carlyle, ensangrentándolo. El enloquecido asesino, estaba apuñalando a un cadáver, tirado de espaldas contra la carrocería del coche.

— Comprenderán ahora, sí... —mascullaba aquel hombre — . No me importa tanto el dinero... Voy a perderlo, quizás, pero... Tú y las perjuras os encontraréis en el infierno...

Jadeaba; sus ojos relucientes miraban en torno.

La idea fue súbita, cuando el cadáver de Carlyle estaba resbalando hacia atrás, dejando un rastro de sangre en la carrocería.

El asesino abrió la portezuela correspondiente a los asientos de atrás, y empujó el cuerpo hacia el interior del auto, cerrando a continuación. El cuerpo había desaparecido en el piso del coche. Había sangre en la portezuela, en el suelo, en las manos del asesino...

Luego, tras una corta vacilación, fue a ocupar el asiento del conductor, frente al volante. Trataba de serenarse. Cualquiera, al ver su rostro demudado, feroz, con aquellos ojos saltones, llenos de extraños reflejos, podía detenerle.

Puso el coche en marcha.

No tendría el dinero... Pero, ¿de qué les iba a servir negarse a pagar? ¿O pensaba disfrutar del dinero en el infierno?

* * *

Con el rostro un poco abotagado, pálido pese al descanso, ligeramente desgredada la crespa cabellera roja, y envuelta en una bata, Ofelia bajó al salón. Abrió la puerta y tras un vistazo apretó los labios. Allí sólo estaba Rebecca, en su silla, muy quieta...

—¿Dónde está Henry? —inquirió, como dando una orden, Ofelia.

— No sé. Ha debido salir.

—¿A qué?

— No sé, Ofelia...

— ¿Por qué no me llamó?

— ¡No lo sé! —se enfureció Rebecca.

Ofelia la miró con fijeza; sus ojos resultaban diminutos tras los gruesos cristales de miope de sus gafas.

— He estado pensando, dando muchas vueltas, antes de dormirme... — musitó Ofelia —. ¿Adivinas a qué conclusión he llegado?

— No —dijo Rebecca, de mala gana.

— Nos marchamos de aquí.

Rebecca la miró con mucha atención. ¿Marcharse de allí? Tal vez fuese la mejor solución. ¿No era curioso? Aquella estúpida, sin proponérselo, brindaba lo que podía solucionar aquel asunto tan peligroso. Marcharse... Despistar al chantajista... y asesino.

—¿Cuándo nos vamos? —inquirió Rebecca.

— Un momento, querida... No me he explicado bien.

—¿Qué quieres decir?

— Es sencillo —dijo Ofelia—. Nos marchamos Henry y yo. Tú te quedas..., si quieres. Si no quieres quedarte aquí, verás lo que haces y cómo te las arreglas.

Rebecca la miraba asombrada, y con un poco de miedo.

— No lo has pensado en serio, Ofelia... —musitó.

— Te aseguro que sí. Llevo casi diez años de matrimonio con Henry, y nunca he sentido tenerle plenamente. Tú y Gertrude os habéis interpuesto en todo momento... aun sin proponérselo. Vivimos aquí porque te interesó a ti; se lleva la clase de vida que imponéis vosotras... Vivís todos de mi dinero, aunque debo aclarar de inmediato que eso es lo que menos me importa. Ser millonada me ha servido para tener a Henry. Ahora, Henry y yo nos iremos de aquí.

— No podéis dejarme sola...

—¿Tienes miedo de algo?

— Ofelia...

— ¿Teméis morir como Gertrude?

Rebecca pestañeó.

— Se diría que te alegras de la muerte de mi hermana —susurró.

— ¡Pues sí, para ser sincera! Y ojalá te ocurriese lo mismo a ti. Nos habéis estado aplastando durante diez años; habéis sido como sanguijuelas siempre pegadas a nuestras venas...

— Ofelia, estás nerviosa, y...

— No lo creas. Sé que algo ocurre. La muerte de Gertrude no pudo ser accidente, es obvio. Algo ocurre, sí... Henry tiene miedo... y yo. Yo sólo de perderle. Y como todo mal que nos llegue ha de provenir de ti ahora, puesto que Gertrude no vive, te dejo... Yo

convenceré a Henry. Es fácil... No tiene personalidad, casi nada de hombre... ¿O crees que estoy ciega? Pero le amo aún...

Rebecca no sabía qué responder. No esperaba la reacción de Ofelia si bien era lógica; algún día tenía que ocurrir... Todo por culpa del imbécil de Henry; la rehuía, le tenía asco... Si Henry fuese un poco cariñoso con ella, la tendría doblegada, sin voz ni voto, como antes...

La tensión de aquel momento fue truncada por el sonido del teléfono.

Rebecca dirigió una viva mirada al aparato.

Ofelia se acercó al teléfono.

— Debe ser Henry —dijo.

Lo tomó.

—¿Sí? ¿Henry? —inquirió.

— ¿Señora Carlyle?

Era una voz desconocida. El tono era ronco, extraño. Preocupó a Ofelia, aunque no sabría definir la razón.

— Sí... —murmuró—. ¿Quién llama?

Rebecca la miraba muy atenta; captaba algo raro.

— Soy un amigo de usted, señora Carlyle. Y voy a comunicarle algo importante.

— No lo conozco, y...

— Se trata de su esposo. ¿Le interesa?

— ¿Henry? ¿Le ha pasado algo? ¿Le...? —temblaba la voz de Ofelia.

— No, no... Se encuentra perfectamente, señora Carlyle. ¿Nunca pensó que su esposo podía engañarla?

— No, no... ¡No es cierto!

— Cállese. Su esposo, en estos momentos, se encuentra con otra mujer.

— No le creo... ¡Usted miente!

— Puede comprobarlo, si lo desea, señora Carlyle.

—¿Cómo?

— Es muy sencillo. Salga al jardín y dé un paseo hacia los durazneros, ya sabe a qué lugar me refiero. Sea discreta. Ya sabe qué sucede cuando están juntos un hombre y una mujer.

— No es posible... ¡Oiga! ¡Oiga!

Se había cortado la comunicación.

Ofelia, lívido el rostro, centelleantes sus ojos empequeñecidos por el grueso cristal, acabó por colgar.

Se volvió hacia Rebecca.

— Vosotras... ¡lo sabíais! —masculló.

—¿Qué ocurre, Ofelia? —murmuró Rebecca.

— Y en mi propia casa...

— ¿Qué...?

— Cállate, víbora... ¡Víbora! Debiste acabar de romperte la columna vertebral cuando sufriste el accidente.

Rebecca plegó los labios; escrutaba a aquella mujer, tratando de adivinar. Tenía miedo... Las cosas se torcían. Lo peor, era que empezaba a sentirse impotente. Antes, había sido la más fuerte siempre. Pero la situación se escapaba de sus manos, y con una silla de ruedas iba a ser muy difícil correr tras ella para alcanzarla.

Lo mismo sucedía con Ofelia. Esta, de pronto, giró, y casi corría hacia la salida.

Desapareció.

Hecha una furia, despechada, se deslizaba por el jardín. Sí, con precaución. Iba a sorprender a Henry, al maldito... Ofelia sentía maldad dentro de sí. Siempre, siempre, siempre... Había dado de comer a buitres... Con su dinero, su fortuna... Había servido para todo el mundo, excepto para ella. ¿O acaso los millones gastados le habían dado una felicidad proporcional? Ni mucho menos... Brujas... Eso eran Rebecca y Gertrude; brujas.

Allí estaban los durazneros. Sintió un ramalazo salvaje de celos. Era un lugar magnífico, se daba cuenta de ello en aquellos momentos. Y a ella, Henry nunca la había llevado allí... ¡Nunca!

Los terribles celos la seguían empujando.

¡Los veía ya!

Estaban tan juntos... Henry, y una mujer, sí...

Malditos, malditos...

Iba a sorprenderles allí mismo. Y Henry se arrepentiría de aquello.

Llegó a pocos pasos de la pareja. Eran unas cónicas, ni se inmutaban; allí abrazados...

Capítulo 5

SE repitió el grito; más agudo, más estridente y prolongado.

Ofelia, luego, se llevó los puños a la boca. Parecía que su calzado había echado raíces en el suelo; estaba clavada, incapaz de moverse. Imposible avanzar ni retroceder. Sus ojos habían aumentado de tamaño, incluso; empezó a temblar, a morderse los puños...

Allí estaba Henry, con el rostro grisáceo, lleno de sangre, abrazado a una mujer... al cadáver de Gertrude... Gertrude se sostenía por estar apoyada entre Henry y un muro, bajo los durazneros. Gertrude, llena de tierra, verdoso el rostro, en vías de descomposición...

Ofelia oía el deslizarse de la silla de ruedas de Rebecca.

Oía los gritos de ésta.

— ¡Ofelia! ¡Ofelia! ¿Qué sucede?

Ofelia ni siquiera podía girar.

La silla de ruedas ya llegaba.

Instantes más tarde, Rebecca quedaba junto a Ofelia, mirando a la pareja.

Parecía en principio, negarse a comprender la evidencia; su cerebro tuvo un lapso de casi un minuto.

Luego, bruscamente, hizo girar la silla, dando la espalda a los dos cadáveres.

— No... no es posible... No es posible...

Estaba retrocediendo, y la silla de ruedas estuvo a punto de volcar, al llegar al borde del agujero cavado por Henry para enterrar a Gertrude. Rebecca lanzó un gritito, y evitó el agujero.

Cuando miró a Ofelia, se asustó; la mirada de la miope estaba terriblemente fija en ella.

— ¿Quién era el hombre que ha llamado por teléfono? ¿Qué significa todo esto? — susurró Ofelia.

— Lo ignoro... No sé lo que...

— Estás mintiendo... Primero, Gertrude; ahora, Henry... Y un hombre me llama por teléfono; me dice una macabra mentira... Ha

muerto Henry, y tú vives aún... ¿Crees que es justo, Rebecca? ¿Quién, qué eres tú, para seguir con vida después de esto...?

— Ofelia, estás desquiciada...

— Tal vez. No me hago a la idea aún... He perdido a Henry... Lo tengo ante mí, muerto... Tan lleno de sangre...

Pudo, por fin, avanzar hacia los cadáveres. Se arrodilló frente al de Henry.

— Henry..., Henry, ¿qué significa esto? No estás muerto, ¿verdad? No puede ser... Henry, di algo...

Rebecca sintió frío en la espalda.

— Henry..., en principio, pensaba llamar a la policía. Pero no voy a hacerlo; no. Aún no. Sospecho cosas terribles sobre tu muerte... sobre tu sueño... Antes de llamar a nadie quiero saber qué tiene que ver Rebecca con esto... La odio ¿comprendes? Perdóname pero la odio. Es tan raro... Un odio siempre dormido, pero despierta ahora con terrible fuerza... Perdóname, Henry... Ella impidió que me amaras de verdad. Por ella, estoy segura, te has ido de mi lado...

Acabó sollozando.

Sollozos llenos de histeria.

Estremecida.

Se oyó la voz apagada, temblorosa, de Rebecca:

— Ofelia, debes...

— ¡Cállate! —Gritó, girando, mostrando el descompuesto rostro —. Déjame en paz... Déjame sola aquí. ¡Déjame sola!

* * *

Furtivamente, el hombre entró en el vagón. No encendió luz alguna. No había nadie cerca, pero aun así no podía permitirse el menor desliz. Lo que hizo rápidamente fue cambiarse las ropas. Ya se había lavado las manos, el rostro, pero chorreaba sudor pese al aire frío, y sus ropas hubiesen sorprendido mucho, de ser vistas.

Empleó menos de dos minutos en cambiarse. Luego, con las ropas que había llevado puestas, hizo un paquete. Con él en la mano, saltó del vagón, para desaparecer de inmediato de las instalaciones, de las luces del circo, del bullicio de la entrada...

Se alejó en dirección al parque. Era cuestión de hacer un hoyo, y enterrar aquel comprometedor equipaje. Nadie lo descubriría jamás; allí se pudrirían aquellas ropas. Y las que llevaba en poco se diferenciaban de las que iba a enterrar: nadie se fijaría en eso. Bastante trabajo tenían con su futuro, dada la negra situación del circo.

En un solitario paraje, entre bien cuidadas plantas del parque, cavó el hoyo con el cuchillo, y enterró las ropas, y el arma. Luego, lo

cubrió, y pisoteó la tierra para endurecerla. Esparció a continuación unas hojas por encima, y se sintió satisfecho de su obra.

Se había retrasado un poco, pero no podía actuar de otro modo; el circo era su camuflaje. Debía regresar, estar allí, y actuar en horas prudentes.

Al regresar al recinto, tomó dos cubos de agua. Cargado con ellos se dirigía hacia donde estaban los caballos, ya a punto de entrar en acción; se oía música, y cesó para dar paso a la voz del "speaker", que anunciaba las grandes atracciones...

— Eh, Hendricks, ¿de dónde sales?

Miró, un poco sobresaltado, a su derecha.

Su mirada parecía fulminar al pequeño Marius.

— Métete en tus cosas, enano — masculló.

— Te estaban buscando; tienes que estar en la red. Buck se ha puesto enfermo.

— Está bien. Largo de aquí.

— ¿No eres un tipo raro, Hendricks? — inquirió Marius.

— ¿Qué quieres decir? — masculló Hendricks.

El enano encogió los hombros.

— No sé... Ni siquiera tienes amigos entre nosotros.

— ¿Y qué, con eso?

— Me pregunto si seguirás en el circo, o te marcharás.

— Por si te interesa, te diré que lo más probable es que me marche. Tomaré mi liquidación, y en paz. Morirme de hambre es algo que sé hacer yo solo, enano. ¿Te parece mal?

— ¿Tienes pensado dónde ir, Hendricks? — inquirió Marius.

— Es algo que no te importa, ¿verdad?

— Era curiosidad tan sólo... — gruñó Marius.

— Bueno, largo. Si he de ir a la red, tengo que prepararme. ¿Qué le pasa a Buck?

— No sé. Podrías...

— Déjame en paz.

Agarró de nuevo los cubos, y echó a andar. Marius, quieto, le observaba. Cuando le perdió de vista, se encaminó hacia el vagón que Annabella compartía con unas Amazonas. La joven ya estaba ataviada para su actuación. Como casi siempre, estaba sentada en un peldaño de las escaleras, cubierta con su capa negra.

Al ver a Marius, se irguió, y bajó para unirse a él.

Caminaban hacia la parte posterior de la gran lona, por donde entraban.

Annabella le tomó la mano, como siempre.

— Pequeña..., mañana tenemos que hablar muy seriamente tú y yo — dijo, de pronto, a media voz, el enano.

Ella le miró.

Marius hizo un gesto evasivo.

— Mañana, Annabella —dijo—. Es el último día de permanencia, de actuación, vaya, en Charleston. Unos se irán, otros se quedarán, y yo ya tengo decidido lo que vamos a hacer. Habrá algunas cosas que te extrañarán, pero debes hacerme caso; debes obedecer al pie de la letra mis instrucciones. ¿De acuerdo? Te parecerá un poco complicado al principio, pero debo hacerlo así...

Annabella se había detenido.

Miraba muy significativamente a Marius.

— En todo caso, Annabella, seguiremos hablando después de la función de esta noche.

La joven contorsionista parecía quedar convencida, si bien expresaba con claridad que los últimos días eran de zozobra para ella.

Marius sólo agregó:

— No debes preocuparte, Annabella. Vamos.

Como siempre, poca gente.

Pero Marius no cambiaba por eso.

— ¡Hop... hop... hop!

* * *

La gente estaba cansada, y la resolución de los problemas la dejaban para el día siguiente. Así, cuando Marius fue al carro de Flammarion, el único en que había luz, sólo estaba allí Hendricks. El enano esperó a que Hendricks bajase.

—¿Te has despedido ya? —inquirió Marius.

— Estoy harto de verte en todo momento revoloteando a mí alrededor, enano. Me marchó, sí.

— Puedo asegurarte una cosa: nadie te echará de menos.

—¿Acaso crees que yo voy a morir de pena por perderos de vista? —gruñó Hendricks.

Marius se encogió de hombros.

— Lo que hagas es cosa tuya —dijo—. Hasta nunca, Hendricks.

— Es lo único agradable que has dicho desde que nos conocemos. Y se largó.

Marius le siguió unos instantes con la mirada, y luego subió al vagón. Flammarion estaba sentado ante un viejo pupitre, mesándose los cabellos, mordiendo el puro apagado, sin afeitarse... Se le veía bastante preocupado. Miró, con cierta sorpresa, a Marius.

—¿Tú por aquí, Marius? — inquirió.

— Sí, señor Flammarion. Quería hablar con usted.

— Bueno... Siéntate.

Marius lo hizo; estaba incómodo. Aquella silla era demasiado alta para él, y sus pequeños y grotescos pies no tocaban el suelo.

Marius desvió la mirada. Por fin habló. Informó a Flammarion que había decidido abandonar el circo.

Permanecía en silencio.

—¿Por qué? —inquirió Flammarion — . No lo haces por dinero, de eso tardarías un millón de años en convencerme... ¿Cuáles son tus razones, entonces?

— Existen, señor Flammarion — murmuró Marius.

— Me gustaría oírlas.

— Bueno..., es por Annabella.

—¿Qué pasa con la muchacha?

— He estado pensando mucho, señor Flammarion. Annabella es una muchacha con porvenir en el circo, ¿no es así?

— Desde luego. Tú sabes tanto como yo de eso.

— Yo no quiero ser un obstáculo para ella — dijo Marius.

— ¿Para Annabella? Vamos, vamos, Marius... Formáis una pareja interesante. Agradáis. Has debido darte cuenta. ¿A qué vienen esas tonterías? Además, todos sabemos que Annabella te quiere; tanto como podía haber querido a su padre, de haberlo tenido. Ella te necesita, no puede prescindir de ti... Espera, quieres llevártela a ella también...

— No... no —protestó Marius—. Ahí está. Quiero irme solo, y sin que ella lo sepa. Quiero desaparecer de su vida. Yo, un miserable enano, la desmerezco lo suficiente para que jamás tenga una auténtica oportunidad, señor Flammarion. ¿Lo comprende? Es la chica del bufón, y de ahí no saldrá jamás, si no me separo de ella. Annabella tiene mucho futuro, y yo... siempre hago lo mismo... Decididamente, quiero separarme de ella, y dejarla a su aire, en libertad.

Flammarion vacilaba; volvió a mesarse los cabellos.

— No sé, Marius..., quizás tengas razón, pero...

— Ella seguirá con el circo, señor Flammarion. Todos la aprecian aquí, nada ha de cambiar para ella, a excepción del futuro. Yo también la quiero, ¿comprende? —Decía, compungido, el enano—. Me cuesta dejarla, es un enorme sacrificio, pero lo considero necesario.

— ¿Has hablado con ella? —inquirió Flammarion.

— ¡No! No sabe nada... Ella cree que me quedo. Y... está tan confiada, que no podrá sospechar lo que voy a hacer.

— ¿Qué te propones?

— Pues... mañana, tras la última función, desapareceré para siempre. Me iré sin despedirme, sin que ella sepa nada. Desapareceré, es todo. Y..., he creído que usted debe decirle que me he ido lejos... al Oeste. Y ella se quedará con ustedes, y emprenderá la ruta con ustedes.

— No sé si haces bien o mal, Marius. Personalmente, debo decirte que me duele perderte. Uno acaba acostumbrándose a ti... —sonrió,

con un poco de tristeza, Flammarion—. Bien... voy a darte tu dinero, y así mañana no perderás tiempo.

— No quiero dinero, no quiero nada, señor Flammarion.

— Pero...

— A mí no me hará falta. Tengo un poco, además. Y me será fácil enrolarme en otro espectáculo.

— Como quieras, Marius... Te lo agradezco. De veras...

— A cambio, traten bien a Annabella.

— No te preocupes, Marius...

El enano saltó al suelo.

— Es todo, señor Flammarion. Hasta mañana.

— Buena suerte, Marius. De todos modos, aún puedes cambiar de opinión, y yo lo celebraré.

— No creo que ocurra.

Marius, instantes más tarde, estaba en el exterior. El circo silencioso, a oscuras; sólo algunos animales daban señales de vida. Marius, no obstante, se dirigió al vagón de Annabella. Allí estaba la muchachita, esperándole. Al verle, saltó con su característica agilidad, y se reunió con él.

— Vamos, pequeña. Daremos una vuelta —dijo Marius.

Allí, en el parque, aunque hacía frío, no se estaba mal.

Entre unos arbustos, a resguardo del viento, se detuvieron.

Marius parecía no saber cómo empezar. Annabella esperaba.

— Pequeña... grábate bien en la memoria lo que voy a decirte... Es decir, lo que voy a pedirte. Es muy importante para ti y para mí. ¿De acuerdo?

Annabella asintió con un leve movimiento de cabeza.

Sus ojos, en realidad, parecían captarlo todo. Quizás conocía a Marius mucho mejor de lo que éste creía. Eran ya muchos años juntos. Desde hacía casi quince años. Annabella, un día, apareció, perdida, en el circo. Abandonada. Muda, desdichada, flaquita, triste... Nunca se pudo averiguar nada de ella. Marius la había convertido en una joven bonita, noble...

— Sabes que tengo un pequeño baúl, ¿verdad, Annabella? —inquirió Marius.

Nuevo asentimiento de la joven.

— Bien. Ese baúl lo utilizas tú más que yo; allí tienes tus trapos... Incluso está en tu vagón. Vas a hacer una cosa, desalójalo. Quitá todo lo que haya en el interior, y lo colocas donde puedas. Ese baúl debe quedar vacío.

Annabella demostraba no comprender.

— Espera, espera... —decía Marius—, Una vez desocupado, yo me las arreglaré para entrar en el vagón, y practicaré unos pequeños orificios en el baúl... Me servirán de respiradero. Yo quepo

perfectamente en el baúl y voy a realizar ahí un viaje. Deja que siga con el hilo de mis ideas, Annabella. Por favor.

La muchachita estaba aturdida, asombrada. ¿Por qué todo aquello, interrogaba con sus bonitos ojos?

— Te explicaré mi plan completo —dijo Marius—. Incluso he engañado a Flammarion. Le he contado unas mentiras, muy convincentes, por lo visto. El caso es que Flammarion cree que yo, mañana, después de la función, me marchó, me separo del circo, y de ti. Pero ese no es el caso. Yo me quedo contigo, y estaré en el baúl. Viajaré contigo. Me interesa así, Annabella, tengo mis razones.

Annabella le aferró nerviosamente las pequeñas manos gordezuelas...

Le miraba con ansiedad, le suplicaba.

Marius no quiso ceder, y dijo:

— Obedece, Annabella, y recuerda lo que debes hacer. Primero: desalojar el baúl. Luego: cuando haya terminado la función, yo me meteré dentro, y tú debes fingir que me buscas. Sólo fingir eso. Tendrás que dejarte convencer por Flammarion para seguir aquí. Y recuerda: yo estaré en el baúl, contigo. Otra cosa: límitate a viajar con los demás, hasta llegar a Kingsville, condado de Florence; allí, abandonarás el circo. Allí harás bajar tu equipaje... y a mí en el baúl, claro está.

Annabella negaba con movimientos de cabeza.

Seguía aferrada al enano; tenía miedo.

— ¿Te niegas? —musitó Marius.

Ella negó con más fuerza; pero, al mismo tiempo, indicaba que tenía muchas dudas.

Hasta empezaban a brillarle unas lágrimas en los ojos.

— No llores, Annabella... No pienses nada demasiado malo. Es... una oportunidad, ¿comprendes? Déjame hacer a mí. Una vez abandones el circo en Kingsville, todo será normal, ya lo verás. Te debe parecer que me oculto de algo, y así es... Pero no debes preocuparte por nada. Me interesa hacer las cosas así. ¿Lo recuerdas todo?

Annabella, muy nerviosa, lloraba incluso, pero asentía con débiles movimientos de cabeza.

— Escucha esto, Annabella; yo no entiendo; no sé si cabe alguna posibilidad de que hables, algún día. Pero te aseguro que removeré el mundo en busca de los mejores doctores para ti, en esa especialidad... ¿Lo dudas? ¿Piensas en el dinero? — rió Marius.

La joven asintió repetidamente.

Marius volvió a reír, contento.

— Pues es de lo que menos debes preocuparte — dijo —. Por cierto, estaba olvidando algo importante...

Extrajo, del bolsillo trasero del pantalón, un papel muy doblado. Con mucho misterio, lo dejaba en manos de Annabella.

— Ocúltalo bien, Annabella —dijo—. Es un papel importante, muy importante. Es... el resguardo de algo que me he enviado a mí mismo, a Kingsville, a lista de correo. Lo guardas tú. Una vez estemos los dos a solas, me lo devolverás. No lo pierdas, pequeña...

Annabella, dócil, sumisa, daba la impresión de sentir un gran cariño hacia el enano. Lo que hizo fue colocar el papel entre sus senos. Allí estaba bien guardado, parecía decir que no se separaría de aquel papel... pero que seguía teniendo miedo.

— Bien... eso es —dijo Marius—. Creo que estoy haciendo las cosas bien... Despisto a todo el mundo. Flammarion, engañado, será mi mejor cómplice. En un momento dado, no podría decir dónde estoy. Y como ni remotamente imagina esta jugada, nunca sospechará que tú y yo no nos hemos separado... Magnífico.

Annabella miró hacia donde estaba el circo a oscuras.

Con muchas precauciones, regresaban a los vagones.

Todo era silencio, oscuridad.

Marius repasaba mentalmente su plan, una y otra vez.

No había fallos a la vista. Annabella lo haría bien. El sólo tenía que meterse en el baúl, tras haber practicado unos orificios como respiradero, y viajar de incógnito hasta Kingsville. Un plan perfecto para despistar a todo el mundo... incluso, si había lugar, a la policía.

Capítulo 6

LA última función.

Todos estaban tristes. Habían anunciado su intención de abandonar a Flammarion más artistas y empleados de los que éste creía. Flammarion estaba contemplando la que, posiblemente, sería su última función. Había poco público, y resonaban los chistes de los payasos.

Quizá estaban más alegres que nunca... Hasta es posible que sea cierto lo de que el payaso llora mientras hace reír.

Había alguien que no asistía, ni melancólico, ni con añoranza, a la última función del «Olympia Circus».

Alguien que estaba en el exterior, deslizándose cautelosamente por entre las instalaciones. Se definió su objetivo: el vagón que Annabella compartía con las amazonas. Estaba ya a pocos pasos del vagón, atisbando en torno. Tenía todas las ventajas en aquellos minutos.

Corrió hacia el vagón, y salvó los tres peldaños. Se encontró a oscuras, un poco desorientado. Jamás había puesto los pies en aquel vagón de uso exclusivamente femenino; se notaba en el olor, además. Olía a colonias, a cosméticos...

El hombre tuvo que arriesgarse a encender una pequeña linterna que llevaba en el bolsillo. Apuntaba el pequeño foco luminoso al suelo, y así pudo orientarse. Había bastante diferencia entre las literas de las amazonas, y la más modesta, el rincón más modesto, que utilizaba la joven contorsionista.

Y allí había un baúl, en el rincón de Annabella. Un baúl al que aquel hombre se acercó.

Pasó de largo; le interesaban más otras cosas, al parecer. Por ejemplo, las ropas normales de Annabella, que estaban sobre un taburete. El tipo tomó aquellas ropas, y empezó a palparlas, sin sentir nada especial al tantear las prendas íntimas de la muchacha; la pieza superior.

Sí, algo crujía...

Pudo hacerse con un papel, que desdobló un instante, echándole un vistazo. Luego, lo guardó en un bolsillo. Lo dejó todo como estaba, apagó la luz, y salió del vagón.

Ya salía el público.

El tipo buscó un arrugado cigarrillo, se lo colgó entre los labios, y fumando calmosamente, se dispuso a esperar.

Mientras saliera público, aún habría trabajo en el interior. Y mucho más a la mañana siguiente, cuando tuvieran que desmontarse todas las instalaciones. Pero él ya no estaría allí.

Parecía que toda la gente había abandonado ya el circo, y se iban apagando luces. Se oían voces lejanas. Parecía que Flammarion convocaba alguna reunión extraordinaria de gente. No obstante, aquel hombre seguía sentado, fumando.

Tardó aún unos quince minutos en ver aquella grotesca sombra, que saltaba, ocultándose, como un pequeño mono.

Marius, en efecto, se había escabullido, y corría hacia el vagón de Annabella. Un salto le dejó en el vagón, en su interior. No necesitaba encender luces. Corrió por el estrecho pasillo, seguro de sus movimientos.

Al llegar al fondo, tanteó al baúl. Perfecto. No tenía más que abrir la tapa, meterse dentro, y esperar. Unas horas realmente tediosas, pero era necesario, y seguro. Nadie del circo, cuando Flammarion explicase su conversación con el enano, creería que se encontraba allí.

Marius se removió un poco; no se estaba muy cómodo allí, pero aún así sintió deseos de echarse a reír.

Todo valía la pena; todo.

No oía ruidos.

Una buena idea que se le ocurrió era la de dormirse tranquilamente; de ese modo, las horas se le harían más cortas. Por lo demás, el lugar no dejaba de ser indiscreto, ya que dormían allí media docena de chicas; no iba a verlas, cierto, pero los comentarios de las jóvenes suelen ser sabrosos... Aunque, bien mirado, ninguna tendría ganas de chistes aquella triste noche.

En fin, seguía siendo buena la idea de dormirse.

Poco después, comprendía que estaba demasiado excitado para conciliar el sueño.

Se resignó.

Habían transcurrido unos minutos, cuando creyó percibir pasos en el vagón; debía ser Annabella, claro... Sí, puesto que los pasos se acercaban a aquel rincón. No obstante, no diría nada, no se movería. Cuanta mayor discreción, tanto mejor. Dejaría a Annabella concentrarse en su papel.

Oyó un sonido metálico, y sonrió. Caracoles... no sabía que los cierres de las prendas de las chicas hicieran tanto ruido. Hum, iba a

enterarse de muchas cosas femeninas aquella noche... Que le perdonaran... Sisely, Kate, Doreen... todas eran buenas chicas, si.

Algo más estaba pasando...

Algo que no entendía. Se movía el baúl. Annabella estaba moviendo el baúl.

¿Annabella?

Era extraño... En primer lugar, había que tener más fuerza de la que poseía la joven muda.

Pero, como fuese, el baúl se movía. Algo estaba ocurriendo, no previsto por él. Quizás era alguien que ayudaba a Annabella a trasladar el equipaje, aunque era un poco pronto para ello... Por unos instantes, Marius estuvo a punto de gritar, protestar. No obstante, calló. Vería en qué paraba aquello.

Por fin, el baúl volvía a estar quieto. Bien, no entendía, pero debía ser cosa de Annabella...

Luego, oyó un rumor, crujidos...

El baúl parecía traquetear un poco.

Marius, asustado de súbito, quiso abrir la tapa. Iba a enterarse de qué era aquello. Probó inútilmente. No cedía; la maldita tapa no cedía, y él la había dejado abierta...

Fue cuando el cuerpo del enano se inundó de sudor; cuando apoyó la espalda en la tapa, tratando de abrir, sin resultado. Aquel ruidito...

No... no... No era el cierre de prenda femenina alguna. Había sido el candado que cerraba el baúl...

Marius, aterrado de súbito, empezó a golpear la madera.

— ¡Annabella sácame de aquí...! ¿Qué estás haciendo? ¿Qué significa esto? — chillaba agudamente.

Nadie le hacía caso, fuese oído o no.

El enano trató de romper el material del baúl, pero era lo suficientemente sólido, y él no llevaba nada encima que pudiera ayudarle en ese cometido.

— ¡Annabella...! —seguía gritando.

Había orificios, sí, pero el enano percibía que iba a asfixiarse. Sin duda se debía a su propia tensión, que le dificultaba las funciones respiratorias. Allí, su sudor se convertía en vapor; poco aire entraba por aquellos orificios.

— ¡Annabella...!

Por fin, cesaron los traqueteos, el movimiento.

Marius, furioso, arañando el baúl desde el interior, esperaba. Oía ruidos... Le parecía que había viajado en una furgoneta. ¿Dónde le trasladaban? ¿Qué hacía Annabella?

Otra vez se movía el baúl; le estaban trasladando a algún sitio. Pegó el rostro, con una contorsión inverosímil a la pared donde

estaban los orificios, pero no conseguía ver nada, y se iba a romper la nuca si seguía en aquella postura. Por fin, debieron depositarlo en algún sitio, inmóvil ya.

— ¡Annabella...! —se arriesgó a llamar.

Silencio.

Pegó con los nudillos.

— ¡Annabella, sácame de aquí ahora mismo!

Nadie respondía.

Marius, como un gato rabioso, empezó a revolverse por el baúl.

— ¡Muda...! ¡Muda de todos los diablos, sácame de aquí! ¿Qué pretendes con esto? — chilló, histérico, el enano.

Y se sobresaltó al oír una voz. Le hablaban por los orificios.

— No trates tan mal a la pequeña, enano. Ella ignora esto.

Marius quedó muy quieto en el interior del baúl. Había reconocido la voz... Sus cabellos estaban de punta; el miedo se enroscaba en torno a él. El miedo, según la sensación de Marius, era una negra víbora que se aferraba a su garganta, que le asfixiaba...

— Hendricks... Hendricks..., sácame de aquí... Sácame, te lo suplico... Yo te explicaré... —gemía, casi sin voz.

—¿Qué vas a explicarme, enano?

— Yo... yo no pude contenerme... no debí hacerlo, Hendricks, lo sé... No debí seguirte, espiarte... Lo del teléfono, el dinero... De no ser un maldito enano, no hubiese podido arrebatártelo... Ellos lo dejaron, sí, pero yo pasé por entre las plantas... Nadie hubiera sido capaz de verme.

— Ellos dejaron el dinero, y tú lo tomaste, enano... ¿Sabes? Por ese dinero que yo creía que no habían dejado, he cometido dos crímenes. ¿Te das cuenta? Podría decirse que el auténtico asesino eres tú.

— Yo... yo no sabía... Hendricks, te devolveré el dinero...

— Eso ya no me preocupa. Entre otras cosas, anoche oí toda tu conversación con Annabella. Infeliz muchacha...

— No le hagas daño, Hendricks. Ella no sabe nada...

— No pienso complicarme con ella. No la veré más. Ni a ti, enano... A ti tampoco te veré más...

— Hendricks... perdóname...

— No seas tan rastrero ahora. Dos crímenes por tu culpa... Y tú que sabes de mis razones, maldito seas. Pero no te lo tomes demasiado a pecho. Hubiesen muerto igual esas perjuradas, y el maniquí de su hermano. Es un maniquí de serrín, sí..., con un poco de sangre, la vi ayer. En fin, Marius, voy a poner fin a esta conversación. Aunque es difícil, si alguien me viese hablando con un baúl pensaría, con muy buen criterio, que estoy loco.

— ¡Hendricks...! ¿Qué vas a hacer? —chilló Marius, arañando el

baúl.

— Sabes mucho sobre mí, enano. ¿Lo comprendes?

— ¡ No debes temer...! ¡ Me cortaré la lengua... I

— Lo haré, yo... a mi manera.

— Espera, Hendricks... ¡Hendricks!

Hendricks ya no quería oírle.

Se había erguido. El lugar era discreto, solitario, oscuro, pero no tenía objeto correr el menor riesgo. El enano pateaba de nuevo, gritaba demasiado. Así que había que actuar.

Marius, en el interior del baúl, se notó rodar, dar unas vueltas. Estaba desorientado, agarrotado por el terror. Notó un choque; el baúl había sido lanzado a algún sitio... Pateaba aún, gritaba. Luego... Le invadió la más negra desesperación, al comprender qué era lo que penetraba por los orificios, en lugar de aire.

Agua. El baúl estaba detenido ya, en extraña postura. El enano, cabeza abajo, intentando tapar los orificios. El agua penetraba con lentitud, pero era obvio que el baúl acabaría por inundarse.

Lenta, inexorablemente...

Marius, trató de forcejear, gritaba, resollaba; todo era de una rara resonancia allí Y seguía penetrando agua.

Arriba, en la orilla del río, un poco escarpada en aquella zona, cerca de la desembocadura del Cooper River, Hendricks miraba al agua. Ya no veía burbujas. No veía nada; las ondas concéntricas habían cesado también.

Hendricks tenía los labios apretados. Relucían siniestramente sus ojos. Palpó el papel que le serviría para retirar el dinero en Kingsville, lista de correos. Miró hacia la furgoneta, y pensó que debía dejarla cerca del circo; le pillaba de camino.

* * *

En el fondo del vagón, Annabella estaba muy sorprendida.

No estaba el baúl... ¡Qué extraño! Aquello no concordaba con lo que le había dicho Marius.

Miró hacia sus ropas, y notó algo; no estaban como ella solía dejarlas. Intuitiva, Annabella buscó de inmediato el papel, sin hallarlo. Quedó muy quieta, con las ropas en la mano; parecía temerosa. ¿Marius la había engañado? ¿Con qué objeto? No. No, no... Algo había ocurrido; el baúl debería estar allí. Y el papel.

Había allí dos de las Amazonas; se dirigió a Sisely.

Hizo una seña hacia su rincón. Sisely miró.

—¿El baúl, Annabella? —inquirió.

La muchachita asintió con un movimiento de cabeza.

— No sé... —dijo Sisely—. ¿Tú no lo has tocado?

Negó.

— Lo ha podido tomar Marius... —apuntó Sisely.

Annabella negaba aún; empezó a retorcerse las manos. De Marius haber proyectado aquello, no tenía lógica que se hubiese tomado antes tantas molestias, dándole explicaciones e instrucciones...Annabella, entonces, aferró una mano de Sisely, con la suya, nerviosa, y tiró de ella hacia la salida del vagón.

—¿Quieres que lo busquemos? — inquirió Sisely.

Annabella asentía con movimientos de cabeza.

Saltaron ambas al suelo. Empezaron a preguntar por Marius, y por el baúl, a cualquiera que se cruzase en su camino, con resultado negativo. Fueron al vagón donde Marius tenía el catre, pero no estaba el enano. No aparecía por parte alguna. Por fin, Annabella, alarmada, entendiendo que algo marchaba mal, tiró de la mano de Sisely, en dirección al vagón de Flammarion.

Flammarion, al ver a Annabella, sintió una pizca de compasión. Le dirigió una sonrisa tranquilizadora, y la invitó a sentarse.

— No le busques, Annabella —dijo—. Mira... Marius cree que tú sola tienes más futuro, y se ha marchado, sin despedirse de ti. Te deja con nosotros... ¿no?

La negativa de Annabella era enérgica. Además, hacía señas bastante claras con las manos. Flammarion, entornados los ojos, la miraba; dirigió también la mirada a Sisely, e inquirió:

—¿Entiendes lo que yo, Sisely?

— No sé... Parece que quiere dar a entender que iban a marcharse juntos...

Annabella asentía entonces, y volvía con sus señas, de difícil interpretación.

— ¿Algo del baúl? — inquirió Sisely.

Asintió y mostró la estatura del enano, tendido en algún sitio.

Sisely parecía muy sorprendida, como Flammarion. Este dijo:

— Creo que no te entendemos, Annabella. ¿O acaso tratas de decir que Marius iba en el interior del baúl?

Nuevo asentimiento.

— No es posible... Eso no tiene sentido, Annabella —dijo Flammarion — , ¿Por qué razón había de ir Marius en el baúl, como si se ocultara?

Annabella ignoraba eso, pero seguía afirmando que Marius debería estar en el baúl, y el baúl en el rincón que ella ocupaba en aquel vagón, no estaba.

Flammarion se mostraba preocupado, vacilante.

— Todo esto es muy extraño, Annabella — dijo — . ¿Lo comprendes?

Asintió con lentitud; también a ella se lo parecía.

Flammarion, entonces, se puso en pie.

— Vamos — dijo —. Preguntaré a todos si han visto a Marius, o el baúl. Pero de ser las cosas como dices, Annabella, Marius me engañó.

Annabella hizo un gesto afirmativo.

— ¿Tú sabes que me engañó? ¿Te lo dijo? —inquirió Flammarion.

La muchachita asintió de nuevo.

— Vaya. En fin, veamos.

Salieron del vagón el hombre y las dos jóvenes. Repitieron las preguntas. Toda la gente del circo acabó por enterarse de lo que sucedía. El hecho no dejaba de ser sorprendente. Hasta que alguien lo aclaró; uno de los empleados, que había estado ocupado. Decía:

— Yo vi cargar a Hendricks con el baúl. Iba con la furgoneta...

CON buen criterio, encontrando muy extraño todo aquello, Flammarion había resuelto llamar a la policía. Además, Annabella estaba muy excitada. Asustada, incluso lloraba... La muchachita insistía en que Marius estaba en el interior del baúl...

Fue cuestión de veinte minutos. Llegó el sargento Pauley, con dos agentes, y fue recibido de inmediato por Flammarion. Estaban también en el vagón Annabella y Sisely. Esta procuraba calmar a la joven contorsionista; además, la comprendía bastante bien.

El sargento Pauley era un hombre maduro, pero agradable; parecía que aquella sonrisa no la abandonaba ni para dormir.

— Bien, sargento... Tal vez crea que estamos exagerando, pero empezamos a temer algo extraño con respecto a Marius, el enano del circo. No sabemos las razones por las cuales pretendía viajar metido en el baúl. Ese baúl ha sido cargado en una furgoneta por uno de mis empleados, llamado Hendricks. Este, y la furgoneta, así como el baúl con Marius, han desaparecido.

Pauley reflexionó unos instantes, mirando a todos.

Dijo:

—¿Y qué creen que puede haber ocurrido? ¿Es normal que ese Hendricks saliera con la furgoneta?

— No, no... Hendricks se había despedido ya, y debió salir del circo tan sólo con su maleta, y a pie; como llegó.

— Ya... Puede decirse, en este caso, que Hendricks se ha apoderado de un vehículo del circo; un vehículo que no le pertenece. Y ustedes sospechan la posibilidad de un delito, utilizando esa furgoneta.

— Exacto... Usted ha puesto las cosas en claro, sargento — dijo Flammarion.

Pauley acentuó su sonrisa.

— Sólo en cierto modo —dijo—. No me han explicado por qué Marius iba a viajar metido en el baúl. ¿O es alguna costumbre...?

— No, no... —cortó Flammarion—. Ignoramos el motivo.

Annabella tampoco lo sabe. Sólo indica que ella y Marius seguirían juntos, engañando a los del circo, a nosotros... No sé porqué. Annabella lo ignora.

Pauley miró a Annabella.

—¿De veras lo ignora? — inquirió.

— Es muda —aclaró Flammarion.

— Oh, lo siento... ¿No sabe escribir?

— No — dijo Flammarion —. Marius le enseñó a ser una buena contorsionista, pero nada más. Formaban pareja artística. Debo aclarar que Marius la quería mucho... en el mejor sentido, es obvio.

El sargento, mirando aún a Annabella, que parecía suplicarle muchas cosas con la mirada, se frotaba el mentón.

Por fin, Pauley miró a uno de los agentes que le acompañaba, y ordenó:

— Elder, toma nota de las características y matrícula del furgón, y das la noticia por radio. Que lo busquen por todas partes del Estado. Espera... —miró a Flammarion — . ¿Cuánto hace que desapareció la furgoneta, con ese Hendricks?

— Cosa de una hora — dijo Flammarion.

— Bien. No pueden estar lejos, pues, Elder. Atención ¿de acuerdo?

— Bien, sargento.

Elder salió del vagón. Pauley extrajo un paquete de cigarrillos, pero nadie aceptó la invitación; sólo él encendió. Luego, inquirió;

— ¿Qué tales ese Hendricks?

Flammarion vacilaba. Sisely arrugó la nariz, y Annabella no parecía definirse.

— No le conocemos bien, sargento... —dijo Flammarion, por fin —. Lleva sólo un año con nosotros y...

—¿Un año? ¿ No es tiempo suficiente?

— No lo crea — sonrió Flammarion —. Hay gente con nosotros que ha tardado incluso diez años en abrirse un poco, en abandonar su reserva. Hemos visto gente muy rara, y Hendricks no es de los que más, ¿comprende? Llegó un día, necesitábamos un empleado para servicios diversos, puesto que las cosas iban mejor que ahora, y le acepté. ¿ Por qué no?

— Va... Así quede Hendricks, en definitiva, sólo conocemos su apellido. Nada de sus antecedentes, de sus propósitos...

— Nada —dijo Flammarion.

Pauley fumó en silencio unos segundos.

Luego, dijo;

— En primer lugar, trataremos de hallar la furgoneta. Ella nos conducirá a Hendricks, y a Marius, metido en el baúl. Entonces, podremos aclarar las cosas. ¿Podrían hacer una descripción de

Hendricks? Atento, Will, que radiarás esa descripción —dijo Pauley, mirando al otro agente.

Flammarion carraspeó.

— Pues... tiene cuarenta y tantos años; alto, delgado... Tiene el cabello oscuro, crespo, y el rostro muy pálido y delgado...

— A veces, mira como un loco — agregó Sisely.

—¿Qué quiere decir con eso? — inquirió Pauley.

— Lo dicho, sargento. A veces, le relucen los ojos. Y no es necesario que discuta con nadie para ello. Le he visto a solas alguna vez, apretando los puños, hablando solo... Confieso que lo que he hecho entonces ha sido dar la vuelta y evitarle.

Pauley miró a Will.

— En marcha, Will —dijo—. De paso, llama al Departamento, e intérate por datos, informes, si los hubiese.

Will salió, para realizar su cometido.

El sargento dijo:

— Traten, mientras, de recordar alguna otra cosa que pueda ayudarnos.

No parecía que la estancia de Hendricks en el circo, un año, pudiera dar mucho de sí.

* * *

A Rebecca le ocurría algo extraño con Ofelia.

Muy extraño.

Hasta entonces, y tras casi diez años de trato continuo, de convivencia, Ofelia, para Rebecca, no había sido más que una pobre mujer fea, sin gracia alguna, que había comprado el amor de un hombre, y sólo tenía sus minúsculos ojos puestos en aquel hombre, y en aquel amor, con más torpeza que eficacia.

Una mujer sin personalidad; todo pecas y lentes.

Pero algo se estaba revelando en Ofelia.

La poco agraciada pelirroja se comportaba de un modo raro. Había enterrado de nuevo a Gertrude, y a Henry. Y a cada momento iba a hablar ante el agujero donde estaba Henry enterrado. Síntomas de locura, evidentemente, y, al mismo tiempo, signo de peligro.

Por lo demás, estaba la nueva actitud de Ofelia, siempre rondando por la casa, por el salón, como si esperase algo... Siempre aparecía por detrás de Rebecca, y ésta oía la risa de Ofelia; de aquella nueva Ofelia enloquecida por el dolor de haber perdido a Henry.

— Rebecca...

Aquella voz, aunque parecía suave, le produjo miedo... y asco. Una sensación extraña; como si la voz de Ofelia se hubiese convertido en una telaraña que nos envuelve el rostro, pegajosa, con el bicho

negro y venenoso acercándose a nuestra boca...

Giró la silla, para enfrentarse a Ofelia.

—¿Qué quieres? —inquirió, tratando de aparentar tranquilidad.

— No me has dicho el motivo de estos crímenes — dijo Ofelia.

— No lo sé. ¿Cómo quieres que lo sepa? —dijo, seca, Rebecca.

— Es raro que lo ignores... Tú tienes miedo.

— Si estás convencida de ello, no me molestaré en negarlo.

— No valdría la pena, en efecto. ¿Sabes por qué no he llamado a la policía?

—No.

— Ya te lo explicaré... Quiero vengarme, claro... Han matado a Henry... Quiero vengarme del asesino... Además, a ti, ni a Henry, os convenía la intervención policial. Insisto, a ti tampoco. Por tanto, sabes algo. ¿Conclusión? Me estás mintiendo. Pero tengo mi plan...

Tras la última frase, que fue un susurro ronco, Ofelia soltó su carcajada sospechosa de incipiente demencia.

Rebecca se mordía los labios.

No quería palidecer, pero su voluntad, el dominio de sí misma, era flaco, para evitarlo.

Ofelia la miraba con aquella fijeza...

— Sospecho que, de por medio, está mi dinero, Rebecca... Y dinero es, precisamente, lo que me sobra... Lo hubiera dado todo por Henry. Por lo demás...

— Estoy cansada, Ofelia — cortó Rebecca.

— Lo comprendo. Yo, normalmente, estaría derrengada... No sé de dónde saco las fuerzas... Esta noche pasada no he dormido; enterrando muertos, hablando con Henry... Pero está mudo, ¿sabes? ¿Te estremeces?

Rebecca sacudió la cabeza.

— Me retiro, Ofelia — dijo.

— Como quieras. ¿No te gusta estar a solas conmigo?

— No es eso...

— No digas — la interrumpió Ofelia, con una de sus horribles carcajadas—. Bien, te acompañaré a tu cuarto...

— No es necesario, no te molestes.

— No es molestia. Te ayudaré, si quieres. Vamos.

— Ofelia, te digo que...

—¿Qué te ocurre? No es la primera vez que lo hago. Vamos.

Rebecca iba a protestar de nuevo, a tratar de impedir que Ofelia hiciera rodar su silla, pero vio algo peligroso en los diminutos ojos color vino de aquella mujer. Pálida, tensa, dejó que Ofelia tomase la silla, y la hiciera rodar hacia la salida del salón. Luego, atravesando el vestíbulo, pasaron a la gran sala doble, en cuyo fondo tenía Rebecca su dormitorio.

La propia Ofelia encendió la luz de la habitación.

Condujo a Rebecca al fondo, hacia el lecho.

— Gracias, Ofelia, ya no te necesito — dijo Rebecca.

— ¿Podrás dormir, Rebecca?

— Lo intentaré.

— Yo dudo de que lo consigas — dijo Ofelia.

— ¿Porqué? Mira...

— ¿Me dejas que te explique? Sé sincera, Rebecca: ¿no estás esperando algo? Por ejemplo..., una llamada telefónica del asesino. O..., yendo más lejos, quizás una visita.

— No espero nada de...

— Yo sé que sí.

— Ofelia, te aconsejo que...

— Olvidalo. Voy a explicarte mi plan. Como te decía antes, he estado pensando, hasta llegar a una conclusión; sea lo que sea lo que esté ocurriendo, lo que ha sucedido ya, Henry no puede ser culpable. ¿Entonces? Es fácil: tú y Gertrude sois las culpables, y Gertrude ya ha muerto. Henry también. Quedas tú... ¿verdad, Rebecca? Quedas tú... Y sabes que el asesino vendrá... Lo sabes. Vendrá, vendrá, vendrá... ¿No es cierto?

Rebecca sintió de súbito, deseos de huir de allí. La silla..., sus malditas piernas... Estaba helada, además...

— Lo sabemos tú y yo, Rebecca. El asesino, tarde o temprano, volverá, para cobrar una nueva víctima... Tú. Tú eres esa nueva víctima, Rebecca. Lo temes... Lo temes porque lo sabes...

— Ofelia, estás desquiciada — la barbilla de Rebecca temblaba.

— Es posible. Sigo con mi plan. Voy a encerrarte en esta habitación. Mira.

Mostró la mano derecha, en la que estaba la llave del cuarto.

Rebecca parecía no comprender.

Rebecca quiso tragar saliva, y notó un peñasco en el centro de la garganta; un seco y rasposo peñasco.

— No... Ofelia, no puedes*?.

— Lo voy a hacer. ¿Adivinas? Oh, claro, yo me ocultaré en cuanto salga de este cuarto. Estaré bien oculta..., al acecho. ¿Sabes al acecho de qué? Del asesino... Del asesino. Le veré entrar... Le veré llegar hasta tu cuarto, y abrir la puerta... Tú oirás girar la llave, y sabrás que es él...

— ¡Basta, basta...! —gritó, histéricamente, Rebecca, tratando de lanzarse con la silla contra Ofelia.

Ofelia, con su risa estridente y corta, de demente, interpuso con rapidez una mesita redonda, contra la que chocó la silla.

Rebecca estuvo a punto de precipitarse de bruces, pero pudo sujetarse a los brazos del sillón rodante, con manos como garras.

— Oirás girar la llave... Y será el asesino... —repitió Ofelia, con su risa electrizante—. Yo estaré al acecho. Cuando te haya matado, me habré vengado de ti... Luego, para vengarme de él, llamaré a la policía... ¿Comprendes mi plan? ¿No es hermoso, Rebecca?

Rebecca tenía los ojos saltones, su cuerpo estaba estremecido.

— Llama..., llama a la policía... Te... te matará a ti, también...

—¿A mí? ¡ Pero si no me verá, querida...! — exclamó Ofelia —.

¿No lo entiendes? Y me vengo de ti, de diez años de tiranía, de órdenes, de vivir como tú querías... Tú, tú, sobre todo, has impedido que Henry llegara a quererme un poco... Tú, víbora... Oiré tus gritos cuando el asesino te esté matando...

Y Ofelia saltó hacia atrás.

Encendido el rostro, brillantes aquellos puntos color vino que se veían detrás de sus gafas.

Luego, con rapidez, salió de la habitación.

Cerró la puerta.

Rebecca, desesperada, se estrelló contra la madera; oyó girar la llave.

Empezó a aporrear la puerta.

— ¡Abre... Ofelia...! ¡Abre! —sollozaba, retorcida de miedo—. No puedes hacer esto... ¡Ofelia, víbora! ¡Abre, abre, abre...!

Sus sollozos se hicieron más violentos.

Oyó:

—¿Me has oído, Rebecca? Así..., en silencio... Espera en silencio. Mansa, tranquila... La muerte llega... Es mi venganza contra ti. Y no me extrañaría que el asesino sea alguien que también quiera vengarse. Mientras esperas «la visita», ve haciendo examen de conciencia, si sabes lo que es eso...

ESTABA funcionando la trampa.

De maravilla.

Ofelia veía al hombre, al asesino... Aquella sombra alargada; y en algún momento, vio también el relumbrón de los ojos de aquel hombre, que se acercaba muy cauto. Era perder el tiempo... De buena gana le hubiese gritado que podía entrar libremente; hacer girar la llave, y... Pero no podía, claro. Ella debía estar oculta, hasta el instante de llamar a la policía.

Por fin, veía al nombre acercarse a la casa.

Hendricks, en efecto, estaba dando un rodeo, buscando un punto de acceso. Tal vez Hendricks, de haber sido un poco más inteligente, se habría dado cuenta de que no dejaba de ser llamativo el hecho de que todos los puntos de acceso estaban abiertos, a su disposición. Y todo a oscuras...

Pero Hendricks tenía el cerebro velado por aquella orden, por aquel imperativo, aquella necesidad...

Entrar y matar.

¿Y si no estuviera Rebecca... ?

La idea le produjo un acceso de ira. Le sudaron las manos, dejando una huella en el marco de la puerta que estaba atravesando.

Pasó al interior; cocina, «office», entreveía el vestíbulo... Nada, nadie; silencio absoluto, oscuridad... No obstante, se fue guiando. Le parecía muy poco probable que Rebecca hubiese huido, y conociendo determinadas particularidades, puesto que había estado allí otras veces, pudo llegar al dormitorio de la inválida. Pasó la mano por la puerta...

¿Qué era aquello...? ¡ La llave! La hizo girar.

Oyó el gemido.

¿Qué había allí dentro? ¿Ratas? Parecía haber media docena de ratas asustadas, chillando de terror.

Empujó la puerta, y quedó enmarcado en el umbral.

Vislumbró aquel movimiento; se agudizó un chillido, y algo,

mucho más grande que una rata, por cierto, se abalanzaba hacia él. La silla de ruedas se le echaba encima. Además, Rebecca estaba empuñando unas tijeras, la única arma de que disponía; pero eran pequeñas, de las uñas, de manicura, un poco arqueadas...

De todos modos, la reacción de Hendricks no le dio margen; Hendricks recibió la silla con un puntapié fortísimo, haciéndola girar, desviándola, mientras los golpes de tijera, acompañados de resuellos, gemidos, sollozos al final, se perdían, inútiles, sin daño para el asesino, quien consiguió quedar detrás de la silla, y sujetar la mano de Rebecca, retorciéndola, obligándola a soltar las tijeras. Hizo girar la silla... Muchas veces, muchas, muchas...

Un torbellino mareante...

Rebecca, sollozando, lanzando las uñas al azar, desesperada, notaba síntomas de mareo, de desorientación; la silla rodaba, giraba...

Quedó, por fin, desmadejada, en la silla, sin resuello, con la cabeza dándole vueltas, con aquellas paredes y el techo cayendo sobre ella.

— Conviene que te dé un poco el aire, perjura —dijo Hendricks, por fin, con voz enronquecida—. Vamos. Te pasearé por el jardín...

Hendricks guiaba la silla hacia el vestíbulo. Salieron. Por la rampa, pasaron al sendero del jardín...

La noche era fría, con viento... Se helaban las lágrimas de Rebecca, se agitaban, se desgredaban, sus cabellos...

—¿Habíais llegado a olvidarme, Rebecca? —inquirió Hendricks.

— Yo... no sé... No sé... yo...

— Vamos, vamos, reacciona... Cuando jurabas en falso ante aquel tribunal, con toda naturalidad, con aquella seguridad en ti misma, hasta causabas cierta admiración. ¿Qué ocurre contigo ahora? ¿Vas a afrontar los hechos, o no?

— He cambiado, Kádar... Y ya... no soy la misma...

— Evidentemente. Eres una inválida, ahora.

— No es eso sólo... Soy... soy mejor, Kádar, de veras...

— Magnífico... Si fuese cierto.

Rebecca pudo, por fin, tragar saliva.

Y el recuerdo estalló, por fin, en su cerebro.

— Kádar... —bajó la voz —, escucha; no estamos tan solos como puedas creer...

—¿De veras? Los fantasmas de Henry y Gertrude...

— ¡ No me refiero a eso! Se trata de Ofelia, la mujer de Henry...

— Oh, la estúpida y feúcha Ofelia McLeod... Ayer le gasté una broma.

— ¡Una broma...! Puede traer consecuencias fatales... Kádar, hablo completamente en serio... Está aquí; está espiándote. Quiere que me mates, y luego llamará a la policía. Dice que así se venga de ti y de

mí. De ambos. ¿ Lo entiendes?

— No digas tonterías.

— Es la verdad... Debe estar espiándonos... Debe vernos...

— Basta, Rebecca. Paseemos, recordemos otros tiempos...

— Escucha, Kádar, te he dicho la verdad... Y otra cosa: Henry te llevó el dinero.

— Lo sé. Me enteré después de haber matado a Gertrude y a Henry. De todos modos, nada hay que lamentar, puesto que vuestra muerte está escrita. Ya sabes, yo era un gran «médium»... «Kádar le conducirá al Pasado, al Presente, y al Futuro»... Y a la muerte, Rebecca.

— ¡Tú no eras más que un farsante, y...!

— De acuerdo, de acuerdo... Como casi todos los «médiums». Pero no negarás que yo tenía mi negocio bien montado, ¿verdad?

— No niego eso, pero...

— Además, a mi manera, yo era honrado. Yo sólo explotaba a los estúpidos y recalcitrantes; nunca a gentes de buena fe. ¿Verdad que era así, Rebecca?

— Kádar..., ella está espiando...

— Aquella idiota es incapaz de una cosa así. Por tanto, calla.

— Te aseguro que...

— ¡Cállate!

Rebecca cerró los ojos. Casi resultaba un tranquilo paseo por el jardín...

Tal vez sería mejor no insistir en lo de Ofelia, y así Kádar caería...

— Supongo que Ofelia no ha sabido jamás que fuisteis vosotras quienes asesinasteis a su padre, al viejo loco de McLeod. ¿Verdad? — dijo, de pronto, Kádar.

Rebecca no respondió.

—¿No has oído? —preguntó Kádar.

— Bien... Nosotras no sabíamos que moriría... No sabíamos...

— Ahora sí eres la misma; una embustera maldita. Tu perjurio, hace nueve años, me envió a la cárcel... Y sigues mintiendo... viviendo del dinero de una mujer a cuyo padre matasteis... ¿ Qué clase de estómago tienes? Con ser eso malo, tu perjurio con Gertrude, me ha tenido ocho años en la cárcel... El jurado me tomó antipatía... Yo, a ojos de ellos, por vuestras mentiras y juramentos falsos, no era más que un aprovechado vividor, que empleaba una serie de trucos bien tramados... Me condenó el juez a diez años... y he cumplido ocho.

— Kádar, nosotras...

— Es inimaginable para ti lo que significan ocho años de cárcel. Pero al salir... ¿Qué y quién era yo, al salir? Un mendigo, un pordiosero... No me quedaba nada, a excepción de mis lámparas rojas... Pero... ¿qué podía hacer yo con eso? Nunca más podría

ganarme la vida con mis trucos..., inocentes, por decirlo así. Sólo los estúpidos podían creer de verdad en ellos... Yo sé que mucha gente sólo iba a mi consulta por curiosidad, para reírse... Yo no les engañaba; me pagaban el espectáculo, y se iban... Casi como un espectáculo, sí...

— Sé eso, Kádar...

— Por supuesto que lo sabías, Rebecca. Tanto es así, que lo aprovechaste muy bien.

— No, no... No hicimos nada...

— ¡Mientes! — cortó Kádar.

Y empujó la silla con rabia.

La detuvo, instantes más tarde, junto a los durazneros.

Y dijo:

— Aquí estamos bien... Veo que habéis enterrado a los muertos. Pero éste es un buen lugar, cerca de ellos... ¡Quién sabe! Hasta es posible que nos oigan...

Rebecca bajo los durazneros, a pocos pasos de donde estaban enterrados Gertrude y Henry, bajo la reluciente, rojiza, mirada de aquel hombre, se sintió diezmada por el miedo.

— ¿Por qué no guiaste al viejo McLeod a otro «médium», Rebecca? — inquirió Kádar.

—Te conocíamos, y...

— O sea: debo interpretar que me habíais buscado un buen cliente. De los convencidos, de los que a toda costa tratan de hablar con espíritus y zarandajas por el estilo... Un viejo loco millonario, emperrado en hallarse frente a las cosas trascendentes de la vida... ¿Verdad?

— Sí... Sí, Kádar... Queríamos ayudarte...

— No lo creo. ¿No es más verdad que lo hicisteis pensando aprovechar mis trucos para causar la muerte de McLeod?

— No, no...

— ¡Sí! Es claro, vosotras sabíais algo que yo ignoraba. Lo supe durante el juicio, que McLeod tenía un corazón muy débil, en peligro, seriamente amenazado. Vosotras lo sabíais.

— Bien, pero...

— Y fuisteis vosotras las que alterasteis mis trucos de luces, y... fantasmagóricos por decirlo así... ¿verdad?

— No...

— ¡Sí! Teníamos amistad, Rebecca... Conocíais mi casa, mis trucos, mis instalaciones... Y lo alterasteis todo. ¡Todo! Los puntos rojos, la salida de figuras de la cámara... Me di cuenta tarde de lo que sucedía, con el viejo allí dentro, a solas... Por supuesto, cuando yo manejaba los trucos, nunca había ocurrido un accidente... Pero vuestra manipulación trastornó todo... Yo, muy aturdido, no comprendía...

— Kádar, te equivocas si...

— Cierra la boca. Aquellas voces, aquellos chirridos que surgían entre los puntos rojos y la salida de imágenes. ¿Qué horribles imágenes debieron salir de la cámara alterada por vosotras? Y la voz, aquellos gritos... Fuga de espíritus... Atención, fuga de espíritus... El desdichado McLeod fue a hablar con almas pacíficas, y se encontró ante una fuga masiva de espíritus enfurecidos...

La boca de Rebecca temblaba.

La de Kádar estaba muy apretada.

Musitó, a continuación:

— Debo admitir vuestro ingenio, Rebecca. Un corazón como el de McLeod, no podía resistir aquel alucinante espectáculo de espíritus en fuga, huyendo, mientras una voz de ultratumba daba la alarma... Espíritus que salían, corrían, huían, desaparecían... Cuando yo corrí al cuarto, tras recuperarme de mí aturdimiento, ya era tarde. McLeod estaba muerto. ¿Quién fue realmente el asesino, Rebecca?

Ella no podía hablar.

Hendricks Kádar musitó:

—Tú y esos enterrados ahí... Vosotros le matasteis. Sabíais que su corazón no lo soportaría... Un crimen ingenioso, es cierto... Y luego, que pagara un inocente, un homicidio por imprudencia temeraria; por haber utilizado mis trucos impresionantes con un hombre enfermo del corazón... ¡ Y qué bien os salió todo! ¡Cuánta felicidad! ¿Verdad?

— Kádar..., yo..., nosotras...

— Si es para intentar negar, o para disculparte, no abras la boca — masculló Kádar.

Rebecca se estrujaba las manos.

¿Cuándo llegaría su final, cuándo...?

— Así, pues, Rebecca —siguió Kádar — , primero vuestro crimen, elaborado, estudiado. Luego..., las mentiras, los perjurios... Primero: dijisteis bajo juramento que yo conocía el precario estado del corazón de McLeod. Primera mentira. Segunda: tergiversasteis las cosas... ¡Qué astucia! Dijisteis que McLeod se oponía a unas relaciones..., existentes, entre Ofelia y yo... Y que yo, furioso, ambicioso, despechado por la negativa del viejo, ideé ese crimen. Es decir, que por vuestras acusaciones, por vuestras mentiras, bien pudieron condenarme a cadena perpetua, por homicidio en primer grado, con toda clase de agravantes de premeditación, alevosía, y demás...

La rabia estaba desfigurando el rostro de Kádar, que en algún momento incluso había conseguido cierta calma... La calma del que cree estar llegando al final de un duro camino; al final de la venganza, en este caso.

— Y no era así, claro... Vosotros y yo sabíamos que quien trataba de hacerse con la fortuna de Ofelia eran los Carlyle. Casar al imbécil

de Henry con los millones del viejo McLeod, y con la feúcha pelirroja. Era a Henry quien el viejo McLeod rechazaba, y no a mí... Pero vosotras estabais para mentir, para tergiversar, para culpar. Mentiras, perjurios..., a toneladas, a boca llena, con un cinismo aterrador.

Las manos engarfiadas de Kádar estaban en aquellos momentos en el cuello de Rebecca.

Excitado, la había sacudido.

El rostro de Rebecca, con los ojos saltones, expresaba miedo, angustia, abyección...

Casi no lo creía, cuando Kádar la soltó.

Lentamente, pero lo hizo.

— Así, además de engañar al juez, y al jurado, engañasteis a esa desdichada, a Ofelia. Esta ha vivido varios años con los auténticos culpables de la muerte de su padre, mientras el inocente pagaba injustamente. A mí me habéis destruido... ¿Qué hago yo? ¿Barrer en un circo? ¿Dar de beber a monos, caballos, y fieras? ¿Barrer la pista, quitando los excrementos de esos irracionales...?

— Kádar, yo te ayudaría ahora... Ofelia está...

— Cállate. ¿Quién se va a fiar de ti? Yo tengo una obsesión, ¿no lo comprendes? Salí de la cárcel, enloquecido... Tenía que buscaros, encontraros... ¿Cómo, si no tenía medios a mi alcance, ni nada? Pensé. Pensé mucho, hasta que la solución llegó a mí, cuando menos lo esperaba. Un circo. Me enrolé en un circo... Vosotros erais acróbatas... Y yo, con ese circo, he recorrido buena parte del país, siempre en busca vuestra. No comprendía las dificultades que hallaba para dar con vosotros, hasta que fui informado, por fin... ¿Los Carlyle? Sí... Rebecca había sufrido un grave accidente, hacía muchos años, y estaba inválida. ¿Dónde? No lo sabían... Hasta que os he encontrado.

— Para matar...

— Sí. Soy un hombre con futuro negro. Desautorizado para siempre para instalar mis inofensivos trucos... Expreso, sin oficio, sin nada. Por eso os pedí dinero... Un maldito enano complicó mucho las cosas... Muchísimo... Pero todo está resuelto.

— Puedo darte más dinero...

— Tengo suficiente. Nunca he sido ambicioso con exceso, Rebecca.

— Sin embargo...

— ¡Tengo bastante! Con ese dinero, podrá desaparecer Kádar, y podrá desaparecer también un tal Hendricks, empleado en el «Olympia Circus». Claro..., he tenido que matar a ese enano...

Rebecca empezó a mirar en torno.

Estaba tan agarrotada...

¿Cómo evitarlo, qué hacer...? No se sentía lúcida, en condiciones de luchar, de resistir. No era más que una inválida...

— Prosigamos el paseo — dijo, de pronto, Kádar.

— ¿Qué vas a hacer...?

— ¿No te agrada este jardín? Vayamos dando una vuelta; los muertos ya han oído todo lo que debían oír.

— Kádar ..., Ofelia ha debido oírlo todo...

— ¿Por qué insistes con eso?

— Si llegaras a creerme, te salvarías, y esa salvación me la deberías a mí...

— Comprendo. Y, delicadamente, tendría que estar agradecido a tu magnanimidad.

— No te burles... Piensa en el peligro...

— Pienso en ti, en tus mentiras de siempre, en tu astucia de hiena... Te temo, Rebecca, lo confieso... No puedo creerte una palabra; no quiero creerte... Ya me destrozaste una vez... ¿Tú recuerdas cómo era yo, Rebecca?

— No sé...

— Claro, ha pasado mucho tiempo. Era un hombre apacible, de fácil conformar, nunca hice daño... Y ahora me doy cuenta de que algo, en mi cerebro, ha dado la vuelta. Incluso temo que con esos doscientos mil dólares, lejos de aquí, y libre, no consiga ser el mismo hombre... A veces, temo que la locura me haya invadido...

Seguían paseando por el jardín.

Hasta que Kádar emprendió el retorno.

Rebecca sentía el corazón enloquecido.

¿Ya? ¿Ya iba a matarla?

— Kádar... ¿qué vas a hacer conmigo... ? — gimió.

— Matarte...

Y empujaba la silla de ruedas, tranquilo.

Rebecca se removía.

Si pudiera saltar, correr, huir...

Gritaría. Gritaría con todas sus fuerzas...

Tenía que hacer algo..., si es que el miedo no lo impedía, atenazando las cuerdas vocales, incluso el cerebro.

— Bonita piscina... — musitó Kádar.

Iba por el borde, se acercaba al agua. La superficie estaba llena de hojas de árboles, que el viento arrastraba y depositaba allí.

Daba una vuelta. La silla por el borde.

Rebecca quería girar, consiguió ver aquellos ojos relucientes de Kádar... Y comprendió.

Capítulo 9

NO obstante, el grito de Rebecca se perdió pronto. Se convirtió en un gorjeo, en un estallido de burbujas, en la piscina llena de hojarasca.

Para Kádar había sido sencillo, un empujón, un simple empujón. Vio rodar un instante la silla por el borde, vio a Rebecca agitar los brazos oyó el grito...

Por fin, el chapoteo.

Burbujas; grandes burbujas...

Rebecca pareció volver a la superficie, pero sólo aparecieron sus cabellos, flotando, y una mano agarrotada, algo debía haber quedado atascado en la silla de ruedas; quizás la falda... Y la silla sería un obstáculo insuperable para ella.

Aquella mano se iba hundiendo...

Las burbujas ya eran cada vez menores, con menos fuerza.

En pie, erguido, aún relucientes los ojos, Kádar observaba la superficie de la piscina; ya no quedaba rastro de Rebecca. La hojarasca, violentamente separada, volvía a expandirse, a cubrir toda la superficie. Como si bajo las aguas no hubiese nada ni nadie.

Luego, Kádar miró hacia la casa.

Todo seguía a oscuras, no se percibía el menor movimiento. Lo de Ofelia que estaba allí debía ser mentira, claro...

No obstante, Kádar podía permitirse perder unos minutos. Echaría un vistazo. Ofelia, de ser cierto que se encontraba allí, era una testigo definitiva contra él, por aquellos crímenes.

Echó a andar.

Seguía sin ver nada. Ni siquiera aquella sombra que se alejaba de él. Aquel montón de pecas que resaltaba notablemente en una piel palidísima. Ofelia, aunque impresionada, seguía los movimientos del asesino con mirada fulgurante.

La policía no podía tardar.

—¿Qué esperáis...? —masculló Ofelia.

Era un buen momento para la llegada de la policía. Ofelia había

realizado su plan con gran precisión. Había telefoneado en el mejor momento. Hacía ya unos minutos... Cuando vio que aquel asesino paseaba la silla de ruedas por el borde de la piscina...

Ofelia había realizado una rápida, urgente, llamada a la Brigada de Homicidios, y aún tuvo tiempo de ver caer a Rebecca al agua...

Sólo faltaba que la policía atrapase al asesino...

Era el mejor momento. Hendricks, o Kádar, o como se llamase, estaba entrando en la casa.

— ¡Estúpidos, estúpidos, daos prisa...! Le tenéis ahí... —se desesperaba Ofelia.

Transcurrieron cinco minutos, sin que nada ocurriese. Rabiosa, Ofelia, vio, por fin, al asesino; le vio reaparecer en la bonita terraza principal de la mansión, dispuesto a largarse.

Ofelia vacilaba; sentía miedo de realizar un ataque personal. ¿Cómo? ¿Con qué armas...? Tampoco podía permitir que huyera...

Se encontraba en plenas dudas, cuando oyó el rumor del auto; en el silencio de medianoche todo era perceptible. El auto estaba entrando en la mansión... ¡Por fin!

Pedro, por supuesto, Kádar lo había captado también, y en dos segundos se perdió de vista para Ofelia, la cual, furiosa, corrió entonces al encuentro del auto, haciendo señas, quedando atrapada por las luces de los faros.

Chirriaron los frenos del auto, y, de inmediato, un hombre se apeó.

— Soy el... —empezó.

— ¡Corran, corran...! ¡Por allí, va a escapar...! ¡Corran! ¡Qué están esperando! —chillaba Ofelia, muy agitada.

Señalaba, además, el lugar por el que había desaparecido Kádar sólo unos segundos antes.

El hombre que se había apeado primero, reaccionó de inmediato, a su lado ya había otros dos policías.

— Con linternas, ¡vivo! No está lejos, no puede escapar —ordenó el que mandaba la patrulla.

No hubo que repetir la orden.

Los dos agentes, con linternas, se lanzaron sobre el rastro indicado por Ofelia, que, en aquellos momentos, parecía sufrir los primeros síntomas de un desmoronamiento total... Estaba temblando, mirando con los ojos muy abiertos aquellos dos focos de luz que se alejaban.

— Ahora, más tranquila, espero que podamos hablar —dijo el policía —. Sargento Barnes, de la Brigada de Homicidios.

— Los..., los ha matado a todos... ¡A todos...! Hasta a un infeliz enano del circo... Lo oí... —gemía Ofelia.

—¿A quién se está refiriendo, señora?

— A Kádar, o Hendricks, o como se llame... Es un monstruo... Me hubiese matado a mí también...

El sargento frunció el ceño.

—¿Ha dicho Hendricks, un tipo del circo? —inquirió.

— Sí, sí... El ha...

— Un momento, señora. Seguiremos hablando.

El sargento Barnes se metió en el auto, y empezó a manipular con el radio-teléfono hasta conseguir comunicación con el sargento Pauley, que se encontraba en el «Olympia Circus». La obtuvo tras casi un minuto de intentos. Ya estaba Pauley al aparato.

—¿Llamas, Barnes? —inquirió Pauley.

— Sí. Oye, tenemos a Hendricks.

—¿Está seguro? —aulló Pauley.

— Sí. Agarra el auto, y sube por King Road hasta que pierdas la calle. Te esperamos aquí. Colaboraremos en esto. ¿O estabas haciendo algo más importante?

— Pues no... no. Lo que sucede es que hallamos la furgoneta que utilizó Hendricks para largarse con el baúl. Pero en la furgoneta no está el baúl, ni está el enano. Tememos, por ciertos rastros, que baúl y enano hayan ido a parar al río, y estamos dragando...

— Que sigan buscando. Te espero, Pauley.

—O. K. Voy para allá.

El sargento Barnes colgó el teléfono, y se apeó del auto, enfrentándose a Ofelia. Esta estaba muy nerviosa, mirando hacia donde habían desaparecido los policías con las luces. Tenían que reaparecer, con el asesino entre ellos esposado.

— No debe preocuparse, señora —dijo el sargento—. Mientras sigue la captura, es conveniente que usted aclare algunas cosas.

— Ya se lo he dicho...

—¿Puede empezar por su nombre?

— Señora Carlyle... Ha... ha matado a mi marido, y a las dos hermanas de éste... Una venganza. Ellos mataron a mi padre, y...

— Un momento, por favor. ¿Trata de decir que los Carlyle mataron a su padre, y usted...?

— Sí, sí... ¡Un vil engaño...! Es cierto lo que le digo. ¡Es cierto...!

Ofelia estalló en sollozos.

El sargento entendió que se enfrentaba a una mujer en fase de histeria creciente, y optó por calmarla. Con gesto suave, amable, la tomó de un brazo, y dijo:

— Vayamos hacia la casa, si no le importa. En primer lugar, usted debe tranquilizarse. ¿De acuerdo? Y no se preocupe ya por nada...

Ofelia parecía estar ahogándose; sentía horror... O había estado loca, o lo estaba aún... En todo caso, al ir relajándose su tensión, parecía ir deshinchándose; se desmoronaba, sí. Y el policía caminaba a

su lado, en dirección a la casa, a la terraza. Ofelia ni siquiera atinaba a encender las luces.

— Permítame, yo lo haré —dijo el sargento.

En aquellos momentos, ocurría algo.

El sargento saltó a la terraza, y tuvo tiempo de ver el auto que él había utilizado, poniéndose en marcha. Sin luces, al oír el ruido del motor, ya era tarde para impedirlo. Y, furioso, mascullando maldiciones, dejando a Ofelia tiritando en la terraza, saltó al sendero, ya pistola en mano, corriendo hacia el auto.

— ¡Alto...! ¡Deténgase...! —gritaba.

Era inútil.

El sargento Barnes se decidió incluso a disparar por dos veces, tratando de alcanzar alguna rueda, pero el coche debía estar conducido por un loco, o un suicida...

A la máxima velocidad que podía desplegarse en aquel terreno, el auto bajaba hacia la salida, desapareció, entre chirridos y bandazos, sin que los disparos del sargento, sus carreras, sus gritos de alto, hubieran surtido el menor efecto.

Los dos policías que buscaban, acudieron al oír el alboroto, burlados, llenos de ira, desconcertados...

—¿Qué hacemos, sargento? Podemos...

—¿Qué demonios quieren hacer ahora? —masculló Barnes—. Esperemos a Pauley. Dentro de unos minutos ese auto será una verdadera ratonera para Hendricks.

— Podríamos tomar un auto de esta casa, con permiso de...

— ¡Le han dejado escapar...! —interrumpió un graznido a los policías.

Miraron a Ofelia.

El sargento Barnes se humedeció los labios, y dijo:

— Vayamos a la casa, señora. Si es cierto que existen esos cadáveres, tenemos que verlos. Y usted...

— Si no le alcanzan, puede volver...

— Lo dudo, señora Carlyle —gruñó el sargento—. Vamos.

* * *

—... es un asesino peligroso. Atención. Las últimas noticias recibidas indican que se dirige hacia el Este...

Hendricks, mientras cerraba de un manotazo la radio, soltó una áspera risa.

Mentiras... ¡Burdas mentiras! Lo hacían para confundirle a él; porque sabían que él podía oírles... El en ningún momento había tomado aquella dirección, y entre ellos, entre los policías, debían comunicarse con radios de bolsillo...

Por lo demás, Hendricks entendía perfectamente que a aquel coche ya le habían extraído toda su utilidad. Seguir en él era lanzarse de cabeza a la trampa... Tenía que abandonarlo, pero aún no... Necesitaba recorrer algunas millas más. La carretera estaba solitaria, y era muy recta, amplia, en aquel tramo. Nadie circulaba tampoco en sentido contrario.

Quería llegar más al Noroeste, a la zona de bosques; allí le perderían el rastro...

Entonces, era cierto que Ofelia había estado allí...

Pudo ahorrarse aquella persecución, de haber creído a Rebecca... Pero era tan difícil creer a la perjura...

Ya se veían, al frente, los informes montes; aquellas altas montañas. La carretera se estrecharía en breve. Quizás era el momento de abandonar el auto.

Tuvo una idea, de pronto.

Empezó a detener el auto, presionando suavemente el freno, dada la gran velocidad a que corría.

Lo colocó en el borde de la carretera, alzó la capota, y se dedicó a espiar, esperando. Si se presentaba algún peligro, se internaría ya en el bosque, aunque le interesaba más arriba, mucho más arriba.

Pero no. Hubo suerte.

El turismo que llegaba, lanzado, era privado. Un descapotable amarillo, conducido por una chica, con un pañuelo en la cabeza.

Hendricks se apresuró a poner en marcha la luz giratoria del auto policial, y hacía señas. Efecto seguro. El descapotable fue reduciendo, hasta detenerse junto al coche policial. La joven saltó al suelo. Era una chica joven, de buen humor, un poco irónica.

— ¿Se quedó sin gasolina, oficial? —inquirió, risueña.

Hendricks soltó un gruñido.

— No es eso, pero algo ocurre. ¿Puede perder un minuto?

— Desde luego... Pero no entiendo gran cosa.

— Basta con que sostenga la linterna.

— Oh, eso lo haré muy bien... —rió la joven.

Fueron hacia el auto detenido.

Una vez allí, Hendricks Kádar con el rostro en sombras, procurando que aquella chica no le viese bien en ningún momento, tomó una linterna que iba en el interior del vehículo, y se la tendió.

Tranquilamente, además, tomó una llave inglesa, que sujetaba con la diestra.

— Alumbra ahí, en el interior —dijo.

El foco pasó al motor.

— ¿Ahí está bien, oficial? —inquirió la joven.

— Perfecto. No se mueva; creo que veo algo...

Para la muchacha, fue una gran Sorpresa.

Breve, claro. Muy breve.

El fuerte golpe que recibió en la nuca, asestado con la llave inglesa no le dio margen para manifestar su asombro; con un gemido, cayó de cara sobre el descubierto motor, caliente por la rápida carrera anterior.

Con movimientos rápidos, nerviosos, Kádar apartó a la joven de allí; la arrastraba, sujetándola por las axilas, en dirección a la cuneta, al linde del bosque.

Se internó unas yardas; la contempló unos instantes, y tras vacilar decidió ampliar el margen de tiempo de que dispondría con los minutos que aquella muchacha tenía de inconsciencia a causa del golpe. Así que le quitó el pañuelo de la cabeza, la amordazó, y la ató con unas gomas que llevaba la joven en su descapotable.

Kádar ya ni se molestó en tocar el auto de la policía. Lo dejó como estaba, alzada la capota, y saltó al interior del descapotable. Lo puso en marcha; le complació el rugido de aquel potente motor, y salió disparado hacia adelante.

No podía quejarse de su suerte.

No obstante, estaba convencido que las cosas hubieran salido mejor de no entrometerse el enano...

Unos minutos más tarde, se cruzaba con un coche de la policía, que iba con sus destellos, veloz. Ello hizo sonreír a Kádar. Iban a tener trabajo si querían atraparlo...

Allí estaba la bifurcación; dejaba la carretera principal.

En realidad, el instante de abandonar el auto, fue el propio vehículo el que lo determinó; sencillamente, se agotaba la gasolina por momentos, según mostraba el indicador.

Hasta que en una rampa, el coche se detuvo.

Kádar consideró que ya no tenía importancia. Lo que hizo fue apagar el contacto, retirar las llaves, y bloquear la dirección. Miró en torno, a la soledad de aquellos montes impresionantes. A su derecha, estaba el precipicio.

Sólo tenía que quitar el freno de mano y saltar.

Lo hizo.

HACÍA ya mucho rato que Kádár había dejado atrás la carretera. No se veía en torno ni una sola luz. Lo único, dado que los vientos despejaban el cielo, que era posible ver la luna, un gajo, que formaba extrañas figuras en el enmarañado bosque.

Figuras que el viento movía, balanceaba. Con susurros y gemidos, además.

Kádár, durante un buen rato, no prestó atención a nada de aquello. Caminaba, trepaba, se alejaba... Siempre lejos de la carretera, y hacia la otra parte de aquellos montes salvajes.

Su avance era un poco más lento, pesado.

En ocasiones, alguna telaraña entre ramas daba en su rostro, y sentía un asco invencible...

Aquello parecía no tener fin.

Cuanto más avanzaba, más dificultades hallaba. Por allí no había senderos... Todo maleza. Y la sensación de seguridad del principio se fue convirtiendo en una especie de vértigo. Y de miedo.

Sintió un nudo en la garganta; empezaban los tropezones...

No obstante, casi aullaba de alegría minutos más tarde, al ver un pequeño claro; algo que parecía un sendero... No muy bien definido, quizás engañoso, pero podía ser un camino para abandonar la espesura aterradora.

Sí, era una pequeña calva en el bosque; y un senderillo mal trazado.

Allí descansaría un poco, y se orientaría. Además, si había un senderillo, ello significaba que el hombre había andado por allí. Y él era un hombre... Corrió los últimos pasos, casi cayendo de bruces.

Y ocurrió de pronto.

Soltó un agudo alarido, mezcla de dolor y sorpresa.

Algo había atrapado con dientes de acero su pie derecho, y no pudo evitar la caída, sufriendo, al mismo tiempo, una brusca torsión en la rodilla; jadeando, saltones los ojos, se revolvía, para ver aquello que le atrapaba el pie con ardiente mordedura.

Su mirada, hierática, contemplaba aquel fuerte cepo que le estaba triturando el tobillo; un gran cepo dentado, de acero, con cadenas que impedían que pudiera ser abierto. La presa atrapada jamás podría desprenderse del cepo por sus medios...

Kádar intentó forcejear. Era inútil... Aquellos dientes estaban clavados en su piel...

El dolor era insoportable.

Un súbito y frío sudor empapaba a Kádár, que apretaba los dientes, enrojecía, se le marcaban las venas, intentando con todas sus fuerzas abrir el cepo.

Inútil... era inútil.

Se dejó caer de espaldas, respirando fuerte; un resuello que incluso podía confundirse con un sollozo.

Intentaba relajarse, acompañaba la respiración; aquello era cuestión de cerebro, teniendo en cuenta que lo que un hombre hace, otro hombre puede deshacerlo... Sí, debía haber una solución...

Pensaba en ello, frenético, cuando oyó un rumor, un poco lejano. Más rumores... Gente Claro, gente... ¡Le atrapaban, los malditos!

Los rumores se acercaban...

Extraña gente; muy extraña. ¿Qué tenían en la garganta? Aquellos rumores roncoss, furiosos... ¿Y aullaban? ¿La gente aúlla?

Kádar no lo comprendía...

Hasta que algo le hizo mirar a su izquierda.

La sangre de Kádár se heló.

Su mirada enrojecida estaba fija en aquellos ojos relucientes, en aquellos blancos colmillos... Aquella cabeza sucia, grotesca, de un tremendo lobo, que se movía lenta, suavemente, sin parecer decidirse a acercarse demasiado.

Aquellos ojos furibundos, famélicos, asesinos..., los enormes colmillos blancos..., aquellos gruñidos...

No era gente, no... La gente no gruñe, no muestra aquellos colmillos.

LOBOS...

El sudor resbalaba profundamente por el rostro de Kádár, que seguía muy quieto, mirando a aquel ejemplar. Los demás estaban acercándose. Y otro que estaba allí... Una camada.

Cabezas gordas, peludas; colmillos, ojos famélicos...

Cinco, seis, siete lobos...

Gruñidos, vueltas en torno a la helada presa...

Kádar, acuciado por el instinto de conservación, pensó algo. Fuego, sí, fuego. Las llamas ahuyentarían a aquellas fieras...

Pero, ¿cómo prender fuego, si se encontraba en un calvero? A su alrededor sólo había tierra y peñascos...

Los gruñidos eran ya francamente amenazadores; se acercaban...

Kádar, roto de miedo, perdió la serenidad.

— ¡ Socorro...! ¡ Socorro... !

Eran aullidos estridentes, desesperados.

Enloquecido, intentó de nuevo zafarse del dentado cepo, sin conseguir otra cosa que aumentar el dolor, la fatiga...

— ¡ Socorro...! ¡ Estoy aquí, socorro...!

Los lobos parecieron retroceder un poco, ante los gritos.

Una falsa impresión.

Quizás lo hicieron para tomar impulso, y saltar sobre aquella presa móvil, retorcida, gimiente, que arañaba la tierra, y trataba de alejarse aun dejando el pie en los dientes del cepo.

Sí, fue una falsa impresión.

Todos a una. Parecía una señal, algo establecido.

Todos a una, llenos de ferocidad, gruñendo sordamente, con aquellos ojos terribles.

— ¡ Socorro...! ¡ Soco...!

* * *

El hombre temblaba.

—... Cártter, sí. Casilla 12, milla 20,500, carretera de Monks Córner... Es... es horrible... Vengan pronto...

Tras la comunicación, Cártter colgó el teléfono. Allí, en la Casilla, tenía el medicamento que necesitaba con toda urgencia; la botella de whisky, por supuesto.

Los minutos que tardó en llegar la policía fueron interminables. Pero allí estaban ya. Hum..., aquellos dos tipos parecían no haber pegado ojo en toda la noche; los tenían algo irritados, presentaban una creciente barba...

Además, parecían tener mucha prisa. Uno dijo:

— Soy el sargento Pauley. ¿ Dónde está el... ?

— Arriba, en el calvero...

— Vamos.

Iban todos. Pauley, Barnes, y la dotación de aquel auto policial que había llegado. Guiado por Cártter.

El ascenso era cuestión de media hora.

Y allí estaba el calvero.

Y el cadáver...

Se detuvieron los pasos de aquellos hombres.

Hubo uno que, de pronto, retrocedió, girando, huyendo de allí.

Cártter susurró:

— Voy..., voy a cubrirle, y...

— Espere —dijo, casi sin voz, Pauley—. Hay que registrar antes las ropas. Es decir..., eso que... eso que queda..

— Déjalo, Pauley —dijo Barnes—. Lo buscaremos en Kingsville, lista de correos. No toquéis nada ahí... Cúbralo, Cártter, por favor... Debimos avisar a los servicios de ambulancia...

Cártter, por fin, echó la manta, cubriendo aquellos despojos.

Pauley, dirigiéndose a Barnes, dijo:

— No sabemos a nombre de quién hizo Marius el depósito de ese dinero, Barnes.

— Lo localizaremos, eso no es problema. Y asunto concluido.

Pauley arqueó una ceja.

— No sé... —gruñó—. Ofelia Carlyle merece una lección, ¿no crees?

— Está medio loca, Pauley...

— Tal vez... De todos modos, hay que compadecerla. ¡Diez años con los asesinos de su padre! Vampiros... Eran unos vampiros, Barnes. Y ese desdichado de Hendricks, o Kádar... En fin, me estoy mareando. Me ocurre siempre que siento repugnancia por algo. Vamos.

—¿Y la mudita? —inquirió Barnes.

— Olvídala... Esa criatura es más inocente que mi abuela de todo lo ocurrido. Lo malo es que ni siquiera se puede culpar demasiado al enano, ya que todo lo hacía por la pequeña... En resumen, que algunos de los muertos que hemos visto... bien muertos están.

Barnes se estremeció.

Miró al bulto que ocultaba aquella vieja manta.

Un hombre inofensivo al que enloquecieron, convirtieron en una fiera. Los Carlyle..., aquellas sanguijuelas acróbatas...

—Vamos, Pauley —dijo, por fin, Barnes — , Aquí ya no hay nada que podamos hacer nosotros.

— Nada, en efecto...

Los policías, con Cártter, se retiraban. Dos quedaban de guardia, en tanto llegase una ambulancia con los correspondientes camilleros. Ya se sabe, el olor... Hay que conservar la carroña...

* * *

Annabella había llorado mucho; aún, de vez en cuando, gruesas y silenciosas lágrimas resbalaban por sus pálidas mejillas.

— Marius se equivocó; no estuvo bien lo que hizo... —dijo Flammarion — . Nos engañó a todos; ni siquiera a ti te dijo la verdad. Es lógico..., tú no hubieses aceptado.

Annabella negó con la cabeza.

Parecía querer decir algo; era tan clara su expresión...

—Te creo, Annabella... De tú haber sabido la verdad, no hubieras permitido a Marius seguir adelante. ¿Es eso?

La joven asentía; expresaba algo más.

Flammarion esbozó una sonrisa.

— Creo que te entiendo... —dijo — . Tú y Marius estabais bien así, ¿verdad? No sabíais lo que era la ambición, hasta que Marius cometió su error... Tú le habrías obligado a desistir...

Annabella asintió.

Flammarion, de pronto, se echó a reír.

Mirando a Annabella a los ojos, dijo:

—¿Sabes una cosa, pequeña? Te entiendo bastante mejor de lo que suponía... Ya sé que, de pronto, no vas a quererme como querías a Marius, pero..., aún somos muchos en el circo... ¿Comprendes lo que quiero decir?

Annabella inclinó la cabeza; no podía evitar que se vieran sus lágrimas, no obstante.

— Demonios, no llores... ¿Habías pensado que íbamos a abandonarte? Nada de eso, Annabella. Tú irás con el «Olympia Circus». Cuando haya que pasar hambre, se pasa; cuando haya abundancia, a vivir... Y aunque te duela, voy a darte un buen consejo: olvida a Marius... El..., él ya ha hecho su último show, su última función... Como Hendricks... Ese Hendricks nos sorprendió, ¿eh?

Annabella sabía cosas.

Parecía esbozar una protesta.

— Hum... eres demasiado sensible, pequeña —dijo Flammarion —. Compadeces a Hendricks, ¿eh? ¿Has oído todo lo que nos contaron?

Ella tardó unos momentos en contestar.

Ella asintió con la cabeza.

— Pues ya ves, pequeña, cómo se mata la gente por dinero... Al manso lo vuelven fiero, al limpio lo ensucian, al noble lo envilecen... En fin, lo mejor es que no pensemos más en ello...

FIN

BIBLIOTECA RAPIDA

TITULOS PUBLICADOS

BRUJOS E HUMINADOS
POSESOS Y EXORCISTAS
EL MERCADO DE LA MUERTE
EL TATAR COSMICAS
EL EROTISMO EN LA MITOLOGIA
LA REINCARNACION
LO VERDADERO DE LAS PIRAMIDES
VUDU, SANTERIA Y MACUMBA
LA NIGROMANCIA
HOMOSEXUALES Y LESBIANAS
VISION MEDIUMNICA
LOS TEMPLARIOS
EL HORROR NAZI
LA HONORABLE TRADICION
LOS REFORMATARIOS
LUZ Y TINIEBLAS
DELINCUENCIA
SUEÑOS Y VIDA
FUEGO PURIFICADOR
EL ANTIGUO
LAS HUELLAS DE LA MANDICION
PERVERTIDOS SEXUALES
CONDOMANCIA
EL JUICIO FINAL
TABUS SEXUALES
LA RENA DE LEBER
LA INQUISICION



Pídalos en su kioskito favorito

Distribuidores exclusivos en América:

EDITORIAL AMERICA, S.A.

5355 N.W. 36 Th Street

Virginia Gardens, FLORIDA 33166-U.S.A.

20 P. 40 P.